

FAMOSA COMEDIA  
DE  
LA DUQUESA CONSTANTE

DEL  
CANÓNIGO TÁRREGA

POETA VALENCIANO

LAS PERSONAS QUE HABLAN SON ESTAS:

EL DUQUE VALRNTINO.	DON JUAN, caballero.	Algunos PAJES.
FLAMINIA, su mujer.	JULIO, su amigo.	[ORFEO.]
TORCATO, gobernador.	Un MERCADER.	[MENDOZA, criado.]
LUCRECIA, su mujer.	LAUSO.	[CARINO.]
OCTAVIO, criado.	GANIMEDES.	[GUARDAS.]
FABRICIO, capitán.	CORIDÓN, viejo.	[MARINEROS.]
MARCELO, viejo y tullido.	TIRSIA, pescadora.	[ESPALDEROS.]
PREGONERO.	Un CORREO.	[ESCUDEROS.]
MARTA, criada.	PILOTOS.	[MUCIO.]

LOA<sup>(1)</sup>

No sé qué triste signo o qué planeta  
pobre predominó en mi nacimiento,  
cuya influencia me forjó poeta;

algo mejor tomara el pensamiento,  
señor Apolo, y bien os perdonara  
este regalo y entretenimiento.

Rociástemme de tierna edad la cara,  
mercedes grandes, para mí escusadas,  
de aquella fuente cabalina clara.

Gentiles babas para otras quijadas;

(1) Véanse las *Observaciones preliminares*.

desde que en ellas se desayunaron,  
ando yo con las mías trasijadas;  
las musas juraré que se mearon  
al tiempo que cogistes de su fuente  
las aguas, que aun de sed no me mata-  
[ron];

de mí vi huír y vi mofar la gente;  
por donde juzgo yo que les hedía  
al pobre, necio, loco, impertinente,  
estos perfumes de la poesía,  
el apolíneo lauro y sacra venda;  
pero escucha la dulce historia mía. [da,  
Comienzo a desplegar y abrir mi tien-

y cual merchante nuevo, a hacer barato,  
y va a las damas mi primera ofrenda;

llamo, convido, ruego y hago plato,  
pues ninguna me quiere ni me llama,  
y de sus gracias y beldades trato.

Miento bien largo en su valor y fama;  
digo, y con gran verdad, que estoy perdi-  
[do,

hecho carbón, ceniza, fuego y llama;  
hábloles en estilo muy subido,  
uso de unos conceptos remontados,  
tales, que aun yo jamás los he entendido.

“Desos cabellos de oro sortijados  
forjó, señoras, el amor cadenas,  
con que lleva a sus siervos amarrados.

”Los lindos ojos, causa de mis penas,  
tiran rayos, que abrasan corazones,  
haciendo helar la sangre de las venas.

”[H]ielo nos vuelven vuestras sinrazo-  
[nes,

y aunque [h]elados, estamos siempre ar-  
[diendo

los que de amor seguimos los pendones.  
”¡Que viva quien contino está murien

[do,  
y que se [h]iele quien se está abrasan

[do!...  
O es tormento infernal, o no lo entiendo.

”—No quiera porfiar tan mal cantando  
galán, y cure su cabeza vana,  
que de flaqueza está devaneando.”

Me dijo una señora cortesana,  
que se preciaba mucho de discreta,  
y en ser por tal tenida estaba ufana:

“¡Qué! ¿Tan poco mi musa se respe  
[ta?”

Le dije yo: “Pues bien sé cuándo estaba,  
señora, embebecida en un poeta.”

Sus romances y coplas le alababa.  
—¡Oh, qué gentil concepto!—le decía  
—¡Qué bueno y qué e[x]celente!—re

[plicaba.

Era el señor Fulano, y venía  
con un par de capones el criado.

¿Parécele si es buena la poesía?

“Venga su musa con tan buen recado,

y aunque escupa otras tantas necedades,  
diré que está e[x]celente en sumo grado.”

Dijo, y con todas mis habilidades,  
me envió para mano de mortero,  
a que probase nuevas voluntades.

Yo me encamino luego a un caballero,  
gentil hombre, galán y cortesano,  
discreto y bien sobrado de dinero;

présentole mis versos, pero en vano;  
parte no entiende, parte son pesados;

“y para coplas, las de don Fulano”.  
Voime de allí a doctores y a letrados;  
menos ganancia; hay muchos del oficio,  
de sus borrones muy enamorados.

Los mercaderes y oficiales, vicio  
llaman a este deporte regalado,  
de holgazanes y vanos ejercicios,

pues sobre coplas no hallaréis fiado  
el vino, el pan, la carne ni el vestido,  
mucho menos dinero de contado.

Tras esto, ¿qué rincón jamás ha [h]a-  
sin tizne de los humos de poesía? [bido  
Todos los bodegonos ha corrido.

Quien la trata con menos cortesía  
son algunos señores estudiantes;  
estos abaten la mercadería.

Bisofios, mas osados y arrogantes,  
semejantes en fuerzas a pigmeos,  
en orgullo y bravezas a gigantes;

todo lo contaminan sus deseos,  
hasta las damas usurpar pretenden,  
y para servidores son muy feos.

Barato su trovar los tales venden;  
aunque no sé quién dice que es dislate  
de los que de la feria el punto entienden.

De balde es caro lo de su quilate,  
y por darse a entender que todo es uno,  
es muerto para todos Mecenate.

Por esto yo, sin ser vigilia, ayuno,  
pues nadie os quiere ya volver la cara,  
y mi Parnaso nunca fué importuno.

Si mi laceria Dios no remediara,  
quizá aún moliera en seco mi molino;  
mas su bondad un monte me depara.

Un monte claro, que a esta tierra vino;  
y si es posible que se mude un monte,

¿qué mucho que se mude mi destino?

Mudóse, por serviros, Ciaramonte; y en todo cuanto a contentaros toca, procura que su fama se remonte.

En esta parte no [h]ay más firme roca; en otras ocasiones lo ha mostrado, y agora os lo denuncia por mi boca pidiéndoos el silencio acostumbrado.

FIN DE LA LOA.

### JORNADA PRIMERA

(Sale el DUQUE VALENTINO y TORCATO, gobernador, y toquen dentro cajas y clarines, y muéstrense tres galeras.)

(Dice TORCATO:)

TORC. Hagan alto esas banderas. Este, Duque, es el lugar, y estas son las tres galeras, que te puedo asegurar que son fuertes y veleras.

Darán contigo en España con una presteza estraña.

DUQUE. Para la vuelta querría esa diligencia.

TORC. Fía de tu suerte y de tu maña, que el Rey te llama con celo de más favor y amistad.

DUQUE. Quiéralo, Torcato, el cielo; aunque, a decirte verdad, parto con mucho recelo, que envidiosos y traidores de mis prendas y favores, sospecho que allá me traman cosas, por donde me llaman.

TORC. Esos son vanos temores.

Alégrate.

DUQUE. ¿Cómo puedo, dejando así mi alegría a Flaminia? Si en el miedo de perderos, ¡o[h] alma mía!, con tantas ansias me enredo, las certezas ¿qué serán?

Mas ¡que mis ojos podrán veros en poder ajeno, y que el dulce amado seno otros brazos ceñirán!

No, no; que si la ventura se me atreve, yo confío del poder que me asegura.

TORC. ¿Desvarías?

DUQUE. Desvarío, aunque a sobras de cordura.

TORC. Desa te debes valer, y confía en tu mujer, la cual tendrá en esta calma, donde tú fueres, el alma, y el cuerpo acá en mi poder.

DUQUE. Eso descuenta la pena mayor que fuera conmigo.

TORC. Es mi ventura, que ordena que por ti quede, o contigo, con fortuna mala o buena.

En entrambas te aseguro de mi fe, por la cual juro, lo que ya tengo ofrecido.

DUQUE. Por esta mano te pido, por esa fe te conjuro que la celes y regales; que las dos cosas harás, aunque son bien desiguales, reparando en lo que es más y no topando en señales.

Hazle cuantas fiestas puedas y sigue tras sus veredas, y cuanto guste provea tu mano, porque se vea que con mi mano te quedas.

(Dale una carta cerrada.)

Y este cerrado papel guardarás como la vida hasta ver lo que hay en él, cuando mi suerte lo pida si me fuere tan cruel;

que será cuando entendieres de mi parte que no esperes buen suceso en mi jornada.

TORC. De fe tan cierta y jurada

no receles, por quien eres. DUQUE. Verás un gran desvarío, que es hijo de mi afición; mas eres discreto y fío que pesando la razón con mi amor y con mi brío, cumplirás mi voluntad con nueva seguridad.

TORC. Y en juramento lo digo, y el cielo, que es fiel testigo, lo será desta verdad.

(Suena dentro un clarín.)

DUQUE. ¿Qué clarín es éste?

TORC. Acude la gente que has de embarcar.

DUQUE. Sólo embarquen la que ayude a servirme y a bogar.

TORC. ¿Y la demás?

DUQUE. No se mude.

TORC. ¿No quieres llevar soldados?

DUQUE. Ciento y cincuenta.

TORC. Aprestados los tengo yo desde ayer, de mil, que son a escoger, bizarros y bien armados.

(Salga aquí FABRICIO, capitán, con algunos marineros con ropas.)

DUQUE. ¿Quién es aqueste galán con los penachos azules?

TORC. Es Fabricio, el capitán.

FABR. Embarquen esos baúles.

DUQUE. O[h], Fabricio, ¿partirán las galeras?

TORC. El mar prueba tu opinión.

DUQUE. Toquen a leva.— Dame tú un abrazo, amigo, y estotro lleva contigo a quien sin alma me lleva.

TORC. Dame una seña.

DUQUE. Este anillo, que es bien conocida prenda.

(Dale el anillo el DUQUE. Salen dos espaderos y, tomando en [h]ombros a él y al CAPITÁN, los embarcan, tocan a

leva y arrancan las galeras y queda TORCATO y OCTAVIO, su criado [y MUCIO.]

TORC. Amor asista al pedillo, y mi llama ardiente encienda aquel [h]ielo al recebillo, aquel hielo endurecido de Flaminia, que ha venido de muy antiguo y muy duro a tornar un cristal puro, que es espejo de su olvido.

¡A[h], Duque, de mi enemigo el amigo más amado!, alas diste a mi fatiga; no serán, pues me he quedado, las de la atrevida hormiga.

¿Qué pienso ganarme yo? ¡[H]ola, Octavio!, ¿no dejó éste su esposa y su estado a buen árbol arrimado?

OCTAV. Quizá sí.

TORC. Mas quizá no. Sabiendo tú mi afición, ¿dudas a[h]ora?

OCTAV. He dudado, que una grande obligación fuerza a veces a un honrado a que mude de opinión.

TORC. [H]ora bien, déjate deso y esforcemos el suceso de mi amorosa porfía; que si de antes la sentía, la siento con más esceso.

Vaya volando Mucio, y de mi parte prevenga en la ciudad una gran fiesta que dure cuatro días con sus noches; entapicen las calles, y en las tiendas pongan los mercaderes y oficiales todas las cosas de mayor estima, que de las cuatro partes de la tierra, en ésta, que es tan rica y tan dichosa, concurren para adorno y para trato, donde las damas pueden a mi cuenta tomar a discreción cuanto quisieren; y a las que no lo son, si son hermosas, les doy el mismo crédito y libranza;

den también para máscaras licencia,  
y premios ricos para entrambas cosas;  
mostrarás este sello a mi tiniente,  
y dirás que obedezca y no replique;  
toma una posta y parte.

MUCIO.

Así lo hago.

(Vase MUCIO.)

OCTAVIO.

Gasto será de dos millones éste.

TORCATO.

Que lo sea de mil; el Duque ordena  
que regale a su esposa.

OCTAVIO.

Bien comienzas;  
no bastará el tesoro de la China  
si prosigues así.

TORCATO.

Si no aprovechan  
éstas, que son livianas baterías,  
para entrar aquel fuerte de Flaminia,  
con otras de mayor quilate y fuerza  
emprenderé la guerra; que no es justo  
que en tierra que yo tengo tan a cargo  
sufra tirano tan esento en mengua  
del Duque, mi señor, que el mar salado  
lo lleve al puerto de la España dulce,  
donde, si no me engañan los indicios,  
quedará por las costas del proceso;  
que así lo tengo prevenido todo.

OCTAVIO.

Hágalo Dios; mas antes de su esfera  
derribe tus alientos engreídos, (Ap.)  
traidor.

TORCATO.

¿Qué estás diciendo?

OCTAVIO.

Que es muy justo  
que cada cual esfuerce sus alientos.

TORCATO.

Pues en llegando quiero que me pongas,

con treinta mil ducados, una tienda,  
adonde pueda yo, con una máscara,  
hablar a la Duquesa en mis negocios.

OCTAVIO.

Si quisiere salir.

TORCATO.

Saldrá, que el Duque  
lo manda así.

OCTAVIO.

Y tu mujer Lucrecia  
¿lo sufrirá muy bien?

TORCATO.

Que no lo sufra;  
marchen a la ciudad esas banderas,  
y entren mañana en orden, y nosotros  
tomemos sendas postas, y esta noche  
en terrero juguemos alcancías,  
cañas mañana, justa esotro día  
y torneo después.

OCTAVIO.

Bien comenzamos.

TORCATO.

Dennos volando postas, vamos.

OCTAVIO.

Vamos.

(Vanse.)

(Salen la DUQUESA FLAMINIA y LUCRECIA,  
mujer de TORCATO.)

FLAM. Ya perdimos las galeras  
de vista en el mirador;  
Dios te guíe, y el favor  
te dé como tú le quieras.

Triste, Lucrecia, me siento;  
no me dejes. ¿Quiés hablarme?  
Pero tú, en vez de ayudarme,  
das por volverme al tormento  
con esa mohína tuya  
que no sé de a dó te viene.

LUCR. Cada cual, Duquesa, tiene  
la suya y llora la suya.

FLAM. Si es por el Duque, tu primo,

lloraremos a concierto.  
LUCR. Por él es, aunque no es cierto  
tanto por lo que le estimo,  
cuanto por un negro afán  
que con su ausencia me deja.

FLAM. ¿Es necesidad? ¿Es queja?

LUCR. Entrambas cosas serán.

FLAM. Pues dilas; que te prometo  
de serte muy buena prima.

LUCR. Tu fe, Duquesa, me animá,  
y me acobarda el respeto.

FLAM. Conmigo, prima, no dudes  
en decir cuanto quisieres;  
no te aflijas, no te alteres,  
no llores, no te demudes.

¿Estás mal con tu marido?  
Que yo lo haré todo llano.

LUCR. Darle el favor de tu mano  
es contra el bien que yo pido.

Su rigor y su desdén  
me tienen, Flaminia, tal;  
yo le quicro mal, y es mal  
que nace de querer bien.

FLAM. Más te enredas y acobardas,  
o yo me enredo y me ciego.

LUCR. No conocerás mi fuego  
hasta que en mis llamas ardas.

FLAM. ¿Son de amor?

LUCR. Si me dijeras  
de desamor, acertaras.

FLAM. Prima, si no te declaras,  
yo no sé entender quimeras.

LUCR. Pues no lo son; mas tú huye  
el cuerpo por no entendellas.

FLAM. ¿Ruégote yo por sabellas,  
y le huyo? Mal concluyes.

Declárate sin vergüenza.  
LUCR. ¿Si te enojo?

FLAM. Es escusado;  
ya me pones en cuidado.

LUCR. Pues yo comienzo.

FLAM. Comienza  
LUCR. ¿No has probado un accidente,  
de veras o por ensayo,  
más peligroso que un rayo,  
más bravo que una serpiente;

un monstruo que no hace mie-  
con ser de mucho rigor, [do  
nieta del injusto amor  
nacido del justo miedo;  
un torbellino, una furia,  
que entre iguales y no iguales  
hace injurias desiguales,  
que es muy deudo de la injuria?  
¿Sabes qué son celos?

FLAM. Sí.

LUCR. ¿Sabes sus efetos?

FLAM. No.

LUCR. Pues por saber dellos yo  
sé tan poquito de mí.

FLAM. Estraña filosofía;  
¿esto aprenden las celosas?

LUCR. ¿Ya te burlas de mis cosas?

FLAM. No, prima, por vida mía;  
antes he de saber quién  
te da pena, y reparallo;  
dilo, por tu vida.

LUCR. Callo  
por decírtelo más bien.

FLAM. Será de gran calidad  
la que celosa te lleva.

LUCR. Como tú.

FLAM. Cosa es muy nueva.  
¿[H]ay otra yo en la ciudad?

LUCR. No.

FLAM. Pues yo soy.

LUCR. Esta vez  
tengo licencia, señora,  
para decirlo.

FLAM. En buen hora,  
al cabo de mi vejez.

Pero son celos, y es llano  
que jamás siguen razón;  
mas temor sin ocasión  
¿no sabes que es temor vano?  
¿Doila yo?

LUCR. Dala Torcato.

FLAM. Pues como yo no la dé,  
te importa poco.

LUCR. Ya sé  
tu valor, punto y recato;  
y así dije que eran celos,

FLAM. y no certeza, mi mal.  
 Hora bien, pues él es tal  
 que penetra hasta los cielos,  
 quiero tomar bien, amiga,  
 lo que no tomara bien,  
 y pues es Flaminia quien  
 con celillos te fatiga,  
 esa Flaminia, con sello,  
 te perdona y te asegura;  
 días ha que esa locura  
 sin acatarme atropello.  
 Digo la de mi marido;  
 que soy tan mujer del mío,  
 que con más talle y más brío  
 luchara a brazo partido.  
 LUCR. Por él y por mí te beso  
 los pies y pido perdón.  
 FLAM. Yo lo doy, con condición  
 de que acredites mi seso;  
 que por segunda no puedo  
 mi paciencia asegurar.  
 LUCR. Sólo Dios puede quitar  
 de las almas este miedo.

(Digalo aparte todo.)

Despintado me has señales,  
 mas no borrado el tormento.

(Suénense atabales a modo de pregón.)

FLAM. ¿Qué ruido es éste?  
 LUCR. Siento  
 trompetillas y atabales.  
 FLAM. Paréceme que es pregón.  
 LUCR. ¿Pregón? Y ¿de qué será?  
 FLAM. El mismo se lo dirá;  
 salgámonos a un balcón.

(Entrense, y salga el PREGONERO, y mientras se hace el pregón súbanse a una ventana, donde las vean.)

PREGONERO.

“Por parte del duque Valentino y por aquel del gobernador Torcato, se notifica que a cualesquier personas que quisieren tornear, parar tiendas de inmenso valor, sacar invenciones, máscaras y otros cua-

lesquier géneros de juegos, se da licencia para ello; para lo cual se entapizará la sala dorada de palacio; y porque venga a noticia de todos, se manda publicar el presente para seis de hebrero.—El gobernador, *Torcato*.—Y por mandado de su ilustrísima, *Urbán*, secretario.”

FLAM. ¿Has el pregón entendido?  
 LUCR. Aunque mal y por mal cabo,  
 ya, señora, estoy al cabo  
 del seso de mi marido.  
 FLAM. A buen santo, Valentino,  
 encomendó sus cabellos;  
 mas ¿qué fieltros son aquellos  
 que asoman por el camino?  
 LUCR. Postas parecen.  
 FLAM. Sí son;  
 postas del Duque serán,  
 que con la nueva vendrán  
 de allá de la embarcación.  
 Entrémonos a la sala.  
 LUCR. ¿Saldrás a las fiestas?  
 FLAM. Sí;  
 que el Duque lo mandó así.  
 Y ¿tú?

LUCR. Yo no, que estoy mala.

(Entrense y sale DON JUAN, máscara, estudiante español.)

D. JUA. Quedaos adiós, importunas  
 escuelas por cuatro días,  
 atahonas de porfías,  
 que de vos salen ayunas,  
 y dejadme, aventurero,  
 que buscando el lugar corra  
 tras una loca modorra  
 o algún modorro dinero.

(Sale JULIO, máscara también, estudiante español, con MENDOZA, su criado.)

JULIO. Desta vez es bien que allane  
 los capuchos de mi moza;  
 dame una ropa, Mendoza.  
 MEND. ¿De magnífico o de zane?  
 JULIO. No me nombres ese traje,  
 que le tengo aborrecido;

de levantar te la pido,  
 y un sombrero con plumaje.

(Vase el criado.)

D. JUA. ¡O[h], señor Julio!  
 JULIO. ¡O[h], don Juan!  
 ¿Hacemos algo?  
 D. JUA. Ya voy  
 disfrazado como estoy.  
 JULIO. Haces bien; eres galán.  
 D. JUA. Con una máscara sola,  
 con el hábito que llevo,  
 piensan que soy otro, y pruebo  
 la libertad española.

(Aquí salga el criado con una careta.)

JULIO. Es discreta libertad;  
 yo te imito y te acompaño.  
 D. JUA. Sígueme, que para un año  
 [h]ay que ver en la ciudad.  
 Arrebozados aparta;  
 ponte la máscara presto.

(Pónense las máscaras y salgan con mantos LUCRECIA y MARTA.)

LUCR. Y conocerás con esto  
 lo que son sospechas, Marta.  
 A la Duquesa he mentido,  
 diciendo que no quería  
 salir, y en tu compañía  
 desta manera he venido.  
 He de seguir, he de ver  
 los discursos de Torcato;  
 pues no sabes, por un rato  
 se disfraza en mercader.  
 MART. ¿Mercader? ¿De qué manera?  
 D. JUA. Negocio tratan fundado.  
 LUCR. Sé de Octavio que ha comprado,  
 cuando menos, una esfera  
 que diez mil ducados cuesta,  
 y un pistolete por tres,  
 por cinco un reloj inglés.  
 MART. ¡Hombre es éste, vida es ésta!  
 LUCR. Y que disfrazado quiere  
 aguardar en una tienda  
 a su dama.  
 MART. No se venda

ella por lo que él le diere.

LUCR. Esta mujer me asegura.  
 MART. Sí, pero mienten señales.  
 LUCR. ¡Ay, Dios, si viérades cuáles  
 las hizo, y con qué locura  
 cuando vino con la nueva  
 del marido, estando allí!  
 Y no sé qué me entendí,  
 que con más ansia me lleva,  
 que le dijo allá entre dientes  
 que le dejaba de dar  
 por mi causa.

MART. No hay dudar;  
 razón es que lo escarmientas.  
 Trátalo desta manera.

JULIO. De buen pelo es la de acá.

D. JUA. La otra es vieja, y será  
 pareja de verdulera.

MART. Santa gloria tenga el alma  
 de Gil Sánchez de [H]inojosa,  
 que como a corza medrosa  
 lo metía así en la palma.

Estos locos mozalbetes  
 son muy malos de enfrenar,  
 que os piensan atropellar  
 con sus randas y copetes.

Muéstrales cara de hierro,  
 que él es villano y tú hidalga.

LUCR. Vamos, pues, porque le salga  
 lo que del sonar al perro.

¡Jesús, cómo anticiparon  
 el disfrazarse estos dos!

D. JUA. Por veros, mi Reina, a vos.

MART. Con mala reina encontraron.  
 ¿Qué reina? Tan mal humor  
 hay en la reina que veis,  
 que por eso no querréis  
 serle vasallo.

D. JUA. El amor  
 lo puede ser de sus ojos.

LUCR. ¿Que tan lindos le parecen?

D. JUA. Tan lindos son, que merecen  
 más peregrinos despojos  
 que los de un pobre llagado,  
 como yo, por su belleza.

LUCR. ¿Ya nos predica pobreza?

No le pedimos prestado.  
 D. JUA. Yo doy, señora, y no presto.  
 LUCR. Y ¿qué suele dar?  
 D. JUA. La vida.  
 LUCR. No habrá dama que le pida  
 que entre en juego con más res-  
 D. JUA. Envidole. [to.  
 LUCR. No le quiero;  
 jugador es arriscado.  
 (Vanse LUCRECIA y MARTA.)  
 JULIO. ¡Vive Dios, que te han dejado!  
 D. JUA. Hecho un grande majadero.  
 ¡Qué desenfado tan rico!  
 JULIO. Mas ¡qué despedir tan cuerdo!  
 D. JUA. Sigámoslas, que me pierdo  
 por mujeres de buen pico.  
 (Vanse DON JUAN y JULIO y salen TOR-  
 CATO y OCTAVIO.)  
 TORC. ¿Has ya la tienda pagado?  
 OCTAV. Treinta mil ducados cuesta.  
 TORC. Mas que costara el estado  
 del Duque, ocasión es ésta  
 que fuera bien empleado.  
 OCTAV. No lo diera su señor.  
 TORC. ¡O[h], falso! ¡O[h], doblado  
 [amor;  
 qué de agridulces me das!  
 OCTAV. Fino mercader estás.  
 TORC. Sí, pero trato en dolor.  
 ¿Que no quiera aquella ingrata  
 doblarse por los enojos  
 de quien sacrifica y mata  
 en las aras de sus ojos  
 las veras con que la trata?  
 ¿Notaste ayer el desdén  
 con que me escuchó?  
 OCTAV. Muy bien  
 lo notaba y lo sentía.  
 TORC. Plegue Dios que [en] algún día  
 te lo pague el cielo.  
 OCTAV. Amén.  
 Sí pagará, que es muy justo  
 nero estando allí Lucrecia,  
 mal pudiera darte gusto.

TORC. Esta celosa, esta necia  
 me hace vivir con disgusto.  
 Mas ya sin ella he de ver  
 do allega el aborrecer  
 desta fiera.  
 OCTAV. Pues aguarda,  
 que esta es la tienda, y se tarda  
 en abrilla el mercader.  
 (Aquí sale a la puerta el MERCADER.)  
 ¡A[h] de casa!  
 MERC. ¡O[h], caballero!  
 Unos tapetes colgaba  
 que lucen como el lucero.  
 OCTAV. Brava está la tienda.  
 MERC. ¡Brava!  
 No he sacado mi dinero  
 por esta alma.  
 TORC. Yo lo fío,  
 porque me ha sacado el mío.  
 OCTAV. Miremos el inventario.  
 MERC. Miremos.  
 TORC. No es necesario,  
 de vos, señor, lo confío.  
 MERC. Sois caballero, en efeto;  
 adiós.  
 OCTAV. Adiós.  
 MERC. Yo me embarco.  
 ¡O[h], cómo anduve discreto!  
 Desta vez, señor Sancharco,  
 pongo tu feria en aprieto.  
 (Vase el MERCADER y sale la DUQUESA  
 [FLAMINIA] con algunos ESCUDEROS.)  
 ESCUD. Plaza.  
 TORC. La Duquesa es ésta.  
 OCTAV. Sí, sus escuderos son,  
 y ella viene muy compuesta,  
 aunque embozada.  
 TORC. ¡O[h], visión  
 del cielo, que el cielo cuesta!  
 OCTAV. Yo, que no soy necesario,  
 en cas este boticario  
 me entraré, porque es mi amigo.  
 TORC. El amor quede conmigo,  
 pues las he con su contrario.  
 (Vase OCTAVIO.)

FLAM. Curiosa está la ciudad;  
 no pensé que era tan rica.  
 TORC. Toda la curiosidad  
 en esta tienda se pica,  
 que [h]ay cosas de calidad.  
 ¿Quieres ver la lista?  
 FLAM. Empieza.  
 TORC. Da la vengo esta cabeza  
 de rubís, que es mi retrato.  
 FLAM. Aunque es dado, no es barato;  
 no quiero tan mala pieza.  
 (Salgan LUCRECIA y MARTA, DON JUAN y  
 JULIO, máscaras.)  
 LUCR. Esto es ello; es menester  
 que sepas disimular;  
 hágannos tanto placer,  
 que nos dejen escuchar  
 aquí, que [n]hay mucho que ver.  
 MART. Después justarán su tanda.—  
 Joyero, ¿vendes [h]olanda?  
 TORC. Sola una poca entretengo,  
 que para mortaja tengo.  
 FLAM. ¿Para mortaja y tan blanda?  
 Di más.  
 TORC. Una esfera doy,  
 en vez de mis pensamientos,  
 y este reloj, donde estoy  
 contando por sus momentos  
 las de la muerte a do voy,  
 y este pistolette fiel.  
 FLAM. Para matarte con él [Ap.]  
 le tomara, a ser con balas.  
 TORC. Y este dragón con sus alas.  
 FLAM. Eso para San Miguel.  
 TORC. Y este diamante sin di,  
 que sin él dice por mí,  
 amante.  
 FLAM. No compro amantes.  
 TORC. Tomadlo, pues.  
 FLAM. Llevo guantes.  
 TORC. Amor los pasa.  
 FLAM. Es así,  
 mas no pasará los míos,  
 porque son de malla.  
 TORC. ¡A[h], malla,

que tanto esfuerza sus bríos!  
 ¡A[h], malla, porque en amalla  
 se olvide de sus desvíos!  
 Pero aquí tengo unas puntas,  
 que por malla jacerina  
 entrarán.  
 FLAM. Bien contrapuntas;  
 mas no quiero, que mohina  
 estoy con los que hacen puntas.  
 TORC. Pues ¿hágolas yo?  
 FLAM. Un traidor  
 hace punta a su señor  
 en cosas de calidad.  
 TORC. Lo que es bien, lo que es verdad,  
 lo que es fe, lo que es amor,  
 lo que es puro rendimiento,  
 de mil finezas fraguado,  
 ¿llamáis traición? No consiento.  
 FLAM. Un hombre tan abonado  
 con tan poco fingimiento,  
 ¿dónde está, porque conquiste  
 lo que se aguarda y resiste?  
 TORC. Si no lo dijo su fama,  
 dígaoslo esta piedra, dama.  
 FLAM. ¿Qué nombre tiene?  
 TORC. Amatiste.  
 FLAM. ¿De quién lo dice?  
 TORC. De mí;  
 que piedras por mí publican  
 lo que yo callo por ti.  
 JULIO. Bien se entienden, bien se pican.  
 (Aquí se descubre LUCRECIA.)  
 LUCR. ¿Esto ha de pasar así?  
 Ya el toque de la paciencia  
 ha probado en mi presencia,  
 mercader falso y doblado,  
 el oro falsificado  
 que me vendes en ausencia.  
 Ya no más; por no ver más,  
 todo lo tengo entendido.  
 TORC. Mujer, engañada vas.  
 LUCR. Ya, traidor, lo he conocido;  
 mas tú me conocerás.  
 (Vanse LUCRECIA y MARTA.)  
 JULIO. Mujer es de calidad;

- sigámoslas.
- D. JUA. Gran maldad es seguir a una mujer, por conocella, sin ver que gusta.
- JULIO. Dices verdad.
- FLAM. Enviad la tienda, amigo, a esa dama, por disculpa de lo que va mal conmigo. Pero yo tuve la culpa, y así me daré el castigo.— Venid vosotros acá.
- (*Aquí se va la Duquesa con su gente.*)
- TORC. ¡Señora, señora!—Ya traspuso por esa esquina. ¡Ah, mujer falsa y malina! Por Dios, que la pagará.
- (*Cierre el MERCADER la tienda en cólera, y váyase.*)
- JULIO. Don Juan, ¿qué toros son?
- D. JUA. Ensalada es principal [estos? de abrazados y de honestos; mas déjalos con su mal, que esto enseñan los Digestos.
- JULIO. Nunca fué aquél mercader, y la otra es su mujer, y la segunda es su amiga; ¿quieres, don Joan, que los siga y sabré quién pueden ser?
- D. JUA. Déjalos; que es cosa llana que no será esta vez sola la que el mundo pierde y gana.
- JULIO. ¡O[h], cerimonia española!
- D. JUA. Mas ¡o[h], codicia italiana!
- JULIO. Pues yo barrunto que son.
- D. JUA. No tienes, Julio, razón de contar los pensamientos.
- JULIO. Espantado me han tus cuentos; busquemos otra ocasión.
- (*Vase.*)
- (*Salen la Duquesa [FLAMINIA] y TORCATO.*)
- FLAM. ¿Estás cansado, Torcato,

- de poner en aventura mi persona y mi recato? ¿No es indigna esa locura de tu cargo y de mi trato? ¿Qué piensas nuevo tener? O ¿qué puedo yo perder, que por una liviandad se ponga mi autoridad en lengua de tu mujer? No pienso representarte las razones que ya sabes, sino sólo aconsejarte, como tu amiga, que acabes de ofenderme y de cansarte, que es batir en hierro frío; y de mi valor y brío me harás acordar en hora que me pese.
- TORC. Mi señora, que este nombre es tuyo y mío, en sazón de tanto enfado no quiero pedir mercedes ni quedar aconsejado; sólo pido lo que puedes, [dado; que es lo que el Duque me ha y es el abrazo, que espero que con amor verdadero dado en mí tal bien hará, que los resabios podrá quitar del amor grosero. Con esto acabo y concluyo, y si por dicha mi fe no merece lo que es suyo, el del Duque te daré, si tú no me das el tuyo.
- FLAM. Estraña imaginación.
- TORC. Con aquesta división no se ofenden esos brazos.
- FLAM. ¿Quién vió partir los abrazos siendo fruta de afición? Pero si, como tú juras, y si, como tú lo pides, me aseguro y te aseguras, y si con el Duque mides lo que a su cuenta procuras, ¿qué te puedo negar yo?

- Toma el abrazo, aunque no, no sé qué mal me adevino; mas pienso que Valentino, que es mi esposo, me abrazó.
- (*Aquí se abrazan.*)
- TORC. ¡O[h], más que divinos brazos! Si me parten a pedazos [zos! no me apartaré de vos.
- (*Aquí entra LUCRECIA.*)
- LUCR. Aquí del Duque y de Dios; abrazos, traidora, abrazos. ¿Estas son las majestades? ¡Estos los descomimientos, las pruebas y las verdades, solapados pensamientos con aforros de maldades!
- FLAM. No trates desa manera mi punto, Lucrecia; espera, y saldremos deste enfado; que es abrazo el que le he dado que en esas calles le diera. El diga si de su parte del gran Duque me lo dió; que sin él, ¿quién fuera parte? En una cosa se erró, y fué, amiga, en no llamarte.
- LUCR. De ti creo y dese ingrato que sin vergüenza y recato buscaréis esa ocasión; mas ¿con qué negra invención me vino al cabo de rato?
- FLAM. Si al Duque no respetara, grosera, necia y ruin, tan de veras lo tomara, que fuera poco un chapín para romperte en la cara.
- LUCR. ¿Chapín a mi sangre y punto? Pues con éste.
- TORC. Vete al punto, y no me provoques más.
- LUCR. Ni con tu mando podrás, ni con todo el mundo junto. A pesar de entrambos puedo quedarme; ¿no me conoces?
- TORC. ¿Que ya me pierdes el miedo?
- Pues yo quiero ver si a coces te haré perder el denuedo.
- (*Aquí le da de coces.*)
- LUCR. ¡Ay! ¡Ay!
- FLAM. ¿Qué es esto, Torcato? ¿Tan poco modo y recato tienes delante de mí?
- LUCR. Con tus alas y por ti se atreve el villano ingrato.
- FLAM. Hora bien; mejor será retirarme, que algún día esta verdad se sabrá, si [h]ay lugar en tu acedia que admita verdades ya.
- (*Vase.*)
- LUCR. Más verdad de la que veo, ni la espero ni la creo. ¿Qué descuento o qué verdad despintará la maldad de un caso tan torpe y feo? Pero yo me vengaré de entrambos.
- TORC. Al cielo juro que si hablas, romperé esa fuerza, ese siguro, sólo con un puntapié.— ¡A[h] de la guarda!
- (*Aquí entra un PAJE.*)
- Llamad,
- Octavio.
- PAJE. Con brevedad cumpliré tu mandamiento.
- (*Vase el PAJE.*)
- TORC. Mientras que ya sé tu intento, saldráste de la ciudad. Estarás allá en mi aldea, que el mar Tireno la bate, sin que tu envidia se vea, batiendo con quien combate con resina, esparto y breca. Sobre sus riberas puedes engreírte, y no me vedes lo que es respeto y honor.

LUCR. Allí, falso; allí, traidor,  
tenderé mejor mis redes.

(Salga OCTAVIO y el PAJE.)

PAJE. Ya viene Octavio a buscarte.

TORC. Apercibe una litera  
y con esta mujer parte  
al jardín de la ribera,  
que el mar de la tierra parte.  
Ya sabes dónde te digo.

OCTAV. Sí, señor.

TORC. Irán contigo  
dos escuderos no más;  
y a Coridón le dirás,  
aquei pescador mi amigo,  
que mire mucho por ella,  
y no la deje venir  
sin mi licencia.

LUCR. Atropella,  
falso, a quién ha de seguir  
tus maldades y su estrella.

OCTAV. Señor, ¿qué cosas son éstas?

TORC. Bueno estoy para respuestas;  
llevalda presto, marchad;  
y tú manda en la ciudad  
que no se hagan más fiestas.

(Entranse y se acaba la primera jornada.)

## JORNADA SEGUNDA

(Salen TORCATO y OCTAVIO.)

OCTAV. Digo que de cada día  
se esmera en aborrecerte.

TORC. ¡O[h], ciega y loca acedía!  
¡O[h], castillo, hecho más fuer-  
por hambre y por batería! [te  
Y ¿que te arrojó el papel?

OCTAV. Promete, ciega y cruel,  
un infierno a quien le va  
con tus cosas.

TORC. ¿Quién será  
tan dichoso, que entre en él?

OCTAV. Entre muy enhorabuena  
el que se hallare con brío;  
también me dió la cadena.

TORC. ¡O[h], locura! ¡O[h], desvarío,  
mal ajustado a mi pena!  
¡O[h], demonio! ¡O[h], fiera  
[ingrata!

Ella hará, si así me trata,  
que mi noble intento tuerza.

OCTAV. ¿Cómo?

TORC. Gozando por fuerza  
la que sin fuerzas me mata.  
¿Yo no mando esta ciudad?  
¿La Duquesa no está en ella?  
¿Ya no he visto cuánto es bella?  
¿No supo mi voluntad?

Pues de voluntad forzada,  
con imperio acompañada,  
si espera respeto o ley,  
es querella dar al Rey.

OCTAV. ¡O[h], furia desenfrenada!  
¡O[h], mando en poder de aman-  
espada en manos de loco! [te,  
¡Llámate bravo, arrogante,  
porque en ti puede tan poco  
tu mujer, que no es bastante  
para recabar licencia  
de volver a tu presencia!

TORC. Con mis contrarios se aviene.  
Poca lástima me tiene;  
ya está dada la sentencia.  
No [h]ay lugar; un enemigo  
me ahorro en estar sin ella.

(Suena una corneta.)

¿Qué corneta es ésta, amigo?

OCTAV. Un correo es, que atropella  
la casa por el postigo.

Cartas del Duque serán.

TORC. A buen tiempo allegarán  
si el corazón no me engaña.

(Entra el CORREO.)

¿De dónde vienes?

CORREO. De España.

TORC. ¿Cúyo es el pliego?

CORREO. De Urbán.

TORC. ¿No es el secretario?

OCTAV. Sí.

TORC. Reconoce, Octavio, aparte,

y éste váyase de aquí.

OCTAV. Ves, amigo, a desnudarte,  
que allá curarán de ti.

(Vase el CORREO, y lee:)

“Por orden del Duque, mi señor, que  
por tener su persona presa en un cas-  
tillo, no ha visto aún la de su majestad,  
remito a V. S. ésta, por la cual enten-  
derá el riesgo de sus negocios y vida,  
que la ponen en contingencia siniestras  
informaciones, que prevalecen donde su  
verdad se oye poco. Dios, que es autor  
della, le valga, y guarde a V. S. De  
Barcelona, el 1.º de julio de 1450.—El  
secretario, Urbán.”

TORC. Bravamente hicieron obra  
mis trazas allá en España.

OCTAV. Donde la cautela sobra,  
ni la justicia acompaña,  
ni la razón fuerzas cobra;  
lástima tengo, en verdad,  
a su floreciente edad.

TORC. Déjate desas quimeras;  
a pensar que hablas de veras,  
lloraras tu necedad.

OCTAV. ¿Tú no ves que es ironía?

TORC. Agora es tiempo de ver  
esta carta, que tenía  
muy cerrada en mi poder,  
que ya, de antigua, se abría;  
dejómela encarecida  
a par del alma y la vida.

OCTAV. Cosa importante será.

TORC. La carta nos lo dirá,  
que es breve para leída.

(Lee la carta.)

“Si los negocios que a España me  
llevan, amigo Torcato, llegaren a tér-  
minos que pongan en contingencia mi  
vida, quitarás al momento con veneno  
la suya a mi querida esposa Flaminia,  
sin que ella lo sepa, en sazón que sus  
santos y ordinarios votos de virtud pro-

metan buen camino para su alma. Para  
esto te acuerdo de la fe que me debes,  
repetida con tantos juramentos. El ejem-  
plo de Herodes con Marianes, su mujer,  
disculpará mis celos, pues por ellos me  
escuso la pena que llevaría dejando su  
belleza a merced de ajenas manos, y a ti  
te relevará la culpa el hacer esto por  
mandado de tu señor y deudo.—El duque  
Valentino.”

¡Santo Dios! Estraña cosa.

OCTAV. Juro por el cielo santo  
que es la más nueva y odiosa  
que ha visto el mundo.

TORC. Eslo tanto,  
que llega a ser monstruosa.

OCTAV. ¿Este es gentil o es cristiano,  
o esta letra es de su mano?

TORC. De su mano es esta letra.

OCTAV. ¡O[h], lo que en maldad penetra  
un loco humano inhumano!

TORC. Grande golpe de afición.

OCTAV. Pero grande desconcierto.

TORC. Mas aguarda; una invención  
se me ofrece, y es muy cierto  
que saldré con mi intención.

No más; ello es acertado;

tenme un veneno aprestado  
que mate dentro de un hora.

OCTAV. ¿Para qué?

TORC. Déjate agora  
deso, y halla este recado;  
y esta noche en mi aposento  
lo tendrás apercebido.

(Vase TORCATO.)

OCTAV. ¡O[h], falso tirano, esento!  
Ya te alcanzo, ya he tenido  
rastros de tu pensamiento;  
pero no permita Dios  
que muráis, Flaminia, vos  
por lo que premio se os debe.  
Voime, que es negocio breve  
y nos importa a los dos.

(Vase.)

(Sale GANIMEDES, solo, con un lazo en la mano.)

[GANIMEDES.]

Contra la feroz hidra el brazo y clava  
que hasta en los reinos de Plutón ven-  
[cian,

Alcides, por mostrar cuánto podían,  
con extraño poder ejecutaba;

y cuando más rendida la juzgaba,  
y a su rigor las fuerzas suspendían,  
siete cabezas nuevas le nacían  
por una que de un cuello le cortaba.

Tal es la fiera que en mi pensamiento  
pelea con la vida que suspendo  
injustamente para tal combate; [do,  
que cuando más la venzo y me defien-  
tantos martirios saco de un tormento  
que es mejor que me ofrezca a que me  
[mate.

Agora podéis, memoria,  
sobre tal contemplación  
vagar por aquella gloria  
que con tan leve ocasión  
os despintó la vitoria; [rrido  
mas ¡o[h], triste!, ¿no he co-  
por estos pasos, que han sido  
los que a la muerte me llevan?  
Sí, pues que memorias prueban  
el adormirse el sentido.

Estas voces, estos sones,  
que asordan el fresco viento,  
¿no son fúnebres pregones  
que del agravio que siento  
publican las sinrazones?

¿No he visto al rico Nereo,  
que a lograrse en mi deseo  
va de placeres cebado,  
favorecido y honrado  
con las glorias de mi empleo?

¿Ya Tirsia no se acomoda  
con él, pues sorda a mi queja,  
alegre espera su boda?  
Pues ¿qué parte en sí me deja  
si al marido se da toda?

Déjame también el suelo,  
y pues no me acude el cielo,

de su rigor da señal;  
sólo vos, bien de mi mal,  
quedáis para mi consuelo.

Vos, lazo, que sois herencia  
de sujetos mal pagados,  
que las armas y la ciencia  
rindieron atropellados  
del golpe de una inclemencia;  
vos rematad con la vida  
esta unión tan mal unida,  
que de agravios se alimenta,  
de un cuerpo lleno de afrenta  
y de un alma aborrecida.

(Aquí saca un lazo, y quíerese ahogar, y  
Sale LUCRECIA a detenerle, y dice:)

LUCR. Ganimedes, ¿qué locura  
es ésta, que así atropella  
tu valor, seso y cordura?

GANIM. Déjame, Lucrecia, en ella  
rematar con mi ventura;  
tu discreción me permita,  
mientras el dolor me incita,  
que con la vida me pierda;  
no me quites una cuerda  
que mil locuras me quita.

LUCR. Esta vez quiero enojarte,  
porque importa a tu provecho,  
y con un lazo enlazarte  
que es más fuerte y más estrecho  
y más digno de añudarte.

GANIM. Si es, como dices, más fuerte,  
por él le dejo, y advierte  
que la palabra te pido.

LUCR. Sólo puede ser rompido  
por justa ley o por muerte.  
Los brazos de Tirsia son,  
que como esposo te aguardan,  
deshechos por mi ocasión  
los [h]ielos que te acobardan;  
tanto puede una afición.

GANIM. ¿Quiesme dar, Lucrecia ami-  
muerte con mayor fatiga [ga,  
que la que ahora me diera?

LUCR. ¿Cómo? Y ¿tengo yo manera  
de serte tan enemiga?

¿No sabes mi voluntad?

GANIM. Bien la sé.

LUCR. Pues oye un poco  
dónde llega mi amistad.

GANIM. Acaba, pues, que estoy loco,  
aun dudando en tu verdad.

LUCR. Creyendo que entre vosotros  
la codicia no reinaba,  
que en cada palacio nuestro  
tiene la mejor estancia,  
te aconsejé, ¡o[h], Ganimedes!,  
que pusieses en batalla  
tu discreción contra el oro,  
pues por el mal que has pasado,  
Perdiste, porque esta fiera,  
de alguna fiesta cargada,  
de avarientos mercaderes  
se habrá pasado a las barcas,  
que la comida os ministran  
y os dan lícitas ganancias;  
súpelo, llegué a la choza,  
que de juncia y espadañas  
cubierto el tálamo alegre  
a los novios aguardaba;  
hablé con Tirsia y sus deudos,  
que entre pobreza topaban,  
y como vide que hacían  
de la voluntad balanza,  
y que ésta se inclina siempre  
donde más peso la cargan,  
tanto de tu parte puse,  
y cumpliré mi palabra, (1)  
que pesaba más con ellos  
que tu contrario pesaba,  
al cual despidieron luego  
con buen término y crianza;  
que riqueza sobre ciencias  
es oro en campo de nácar.

GANIM. Dame, Lucrecia, esa mano,  
que sola pudiera ser  
causa del cielo que gano;  
besaréla, por perder  
todo resabio de humano.

Quisiera, para pagarte,

(1) En el texto: *si cumpliré mi palabra.*

que en mí pudieras trocarle,  
y yo me trocara en ti.

LUCR. Bien puedes pagarme a mí  
sin mudarme y sin mudarte;  
y aunque parece que quiero  
que me pagues de contado,  
eres discreto, y espero  
que, por el mal que has pasado,  
juzgando el mal de que muero,  
me darás favor y ayuda.

GANIM. Cuanto quisieres, sin duda,  
puedes pedirme, aunque sea  
esta gloria que me arrea,  
pues por tu causa me muda;  
mas ¿qué sangre o calidad  
puede, señora, ofrecerme  
útil a tu voluntad?

LUCR. Sólo pretendo valerme  
de tu mucha habilidad  
en favor de una querella,  
que, como sabes, por ella  
me desterró mi marido.

GANIM. Ya las causas he sabido  
de tu mal, Lucrecia bella;  
y para el reparo dél,  
si mi vida es importante,  
la perderé.

LUCR. Pues tan fiel  
te muestras y tan bastante  
cuanto mi dicha es cruel,  
a mí me importa que vayas,  
dejando un poco estas playas,  
a la provincia do Alcides,  
vencedor de tantas lides,  
puso las últimas rayas.

¿Conoces a Valentino,  
el que gobierna este suelo?

GANIM. Bien le conozco.

LUCR. Imagino  
que ya por ti el justo cielo  
favorece a mi destino. [dado,  
Pues por la fe que me has  
quiere que en [h]aber logrado  
sus primeras alegrías  
partas dentro pocos días  
a España con un recado,

por el cual el Duque entienda la gran traición de su esposa; que no es bien que acá me enciende desdeñada y celosa, [da y ella se logre en mi prenda; y si de veras pagarme quieres, puedes ayudarme con que de tu casa pongas algo con que lo dispongas a creerme y a vengarme; porque estender la verdad no es mentir.

GANIM. En todo quiero, dispuesto a tu voluntad, agradarte.

LUCR. Así lo espero de tu favor y amistad.

GANIM. Con un hábito fingido, pues del no soy conocido, partiré volando a España, y allá verás la maraña que le enredo a tu marido.

LUCR. Vamos, pues, y en el camino sabrás la hacienda que tienes.

GANIM. Bien que de tu mano vino, por lo que sé de tus bienes, sin más verme lo imagino.

(Vase GANIMEDES.)

LUCR. No pudiera en otro aprieto hacer mi industria su efeto; un buen amigo acomodo, y me vengo deste modo, que puede mucho un discreto.

(Salen TORCATO y OCTAVIO, con un vaso de ponzoña.)

OCTAV. Este veneno es aquel que mandaste aparejar.

TORC. ¿Y es muy fuerte?

OCTAV. Es tan cruel, que a Luzbel puede matar, si puede morir Luzbel.

TORC. No más; allá te retira, y cierra tu boca, y mira que te importa el ser discreto

si esta vez no la sujeto por bien, por miedo y por ira.

(Aquí se retira algún poco OCTAVIO.)

Ya no espero otra ocasión.

(Sale un PAJE.)

PAJE. Señor, la Duquesa viene a buscarte.

TORC. Y con razón viene a mí la que me tiene la llave del corazón.

(Sale la DUQUESA [FLAMINIA], y siéntase en una silla.)

Toma, señora, esta silla.

OCTAV. Triste dama, gran mancilla (Ap.) tengo del rato que espera, y que no tuve manera de avisalla o escribilla;

mas tal anda, de curioso, este demonio visible.

TORC. Duquesa, ya receloso, y hablando afable y sufrible, ya manso, ya vergonzoso, ya con temor y recato, cuando te mostré el retrato, y cuando el original de mi agradecido mal y de tu desvío ingrato,

todo por ver si pudiera obligarte a remediarme, y tú, más cruda y más fiera, perseveras en matarme,

pues tu desdén persevera.

Ya no puedo sufrir más; avísote que me das la muerte, cuyo dolor camina por mi rigor con tu desdén a un compás.

Mira esta razón, y adviérte que si la hormiga cobarde procura escusar su muerte, que no es justo que la guarde, como yo, quien es más fuerte.

Esto te quise advertir.

OCTAV. ¿Quién puede callar y oír una tan grande insolencia? (Ap.)

FLAM. Si tuve, ¡o[h], falso!, paciencia para callar y sufrir, no pienses que es cobardía; que aunque ausente de mi esposo con el favor que me envía, [so, a ser tú más orgulloso, venciera tu tiranía.

Gana fué de perdonarte, por si daba en otra parte esta tu soberbia loca; mas ya quiero, pues me toca, disponerme a castigarte.

OCTAV. ¡Rara virtud! [Ap.]

TORC. Yo te digo

que me reiré de gana, de temor dese castigo, Flaminia, si no te humana el ver que las has conmigo.

Dime, por tu vida, agora, ¿en qué te fundas, señora, cuando te muestras cruel?

FLAM. En que soy mujer de aquel que desde España me adora, dejado aparte lo más, que es Dios y mi obligación.

TORC. ¡O[h], cuán engañada vas! Yo espero que la opinión y el enojo perderás.

Porque sepas una hazaña del que te adora en España, mira esta carta, y penetra sus amores por su letra.

(Dale la carta.)

OCTAV. ¡O[h], sembrador de cizaña! [Aparte.]

TORC. Dos cosas te represento: su apasionada locura, y mi grande rendimiento; que él la muerte te procura, yo te doy vida en descuento.

Al que tanto de ti abusa, y al que tanto mal te escusa, ¿qué le debes? Haz la cuenta,

y mejora y escarmienta.

OCTAV. Suspensa queda y confusa.

[Aparte.]

¡Cuánto puede una maldad! ¡O[h], Duque, y qué mal te has [hecho]

TORC. Pues si mi mucha verdad y mi fe te han satisfecho de toda seguridad...

(Dale otra carta, la que había traído el CORREO.)

Si tu marido es muy cierto que ya debe de ser muerto, como lo reza este aviso, viendo cuánto poco quiso con dar la muerte a mi esposa haremos un casamiento, de quien la fama envidiosa no publicará el contento, y esta envidia es provechosa, digo, para tu secreto.

OCTAV. ¡O[h], cómo temo el efecto desta recia batería, [Ap.] pues por los ojos envía mil avisos de su aprieto!

Mas ya quiere responder; ¡cuánto mi aviso importara!

FLAM. Natural es el temer, y más reina y más repara el miedo en una mujer. Esto me ha suspendido; mas si de mujer ha sido mi temor, doyle este nombre; en darte respuesta de hombre descontaré lo perdido.

Si fuera aborrecimiento, si malicia fuere clara este odioso pensamiento, sábetete que no mellara los aceros de mi intento, pues siendo amor justo y fino, aunque por nuevo camino, mira si me obliga en él el Duque a serle más fiel,

cuanto más amor le atino.

La nueva de su prisión es lo que me da cuidado.

TORC. ¡O[h], terrible obstinación!

OCTAV. ¡O[h], pecho fuerte y probado con tan grande obligación! [Ap.]

TORC. No creo de tu cordura que, siguiendo esa locura, pondrás en tal contingencia la dulce vida a sentencia de la muerte, que es muy dura.

Muda de opinión, y advierte lo que te importa mudalla.

FLAM. Cuando me atreví a ser fuerte, ya vencí en igual batalla los temores de la muerte.

Dámela cuando quisieres, y no me humillo a quien eres; por este papel me humillo, pues el Duque, al escribillo, me sujeta a lo que hicieres.

Regalo será el morir si él no vive; y si no es muerto tampoco quiero vivir, pues sobre a que esto es muy que no se puede sufrir, [cierto tú querrás a cada lance darme con miedos alcance, pues sé que tienes poder; yo estoy sola y soy mujer, y es la muerte un recio trance.

Ahora, que Dios me ayuda, y arma de valor mi pecho, me puedes matar.

OCTAV. Sin duda que no es de mujer tal hecho.

TORC. Ni llora ni se demuda. [Ap.]

Leona, que en sangre bañas de tus venas tus hazañas; [Alto.]

sierpe, que arrastra a la muerte; tigre, que el furor convierte contra sus propias entrañas; y más que todo, mujer obstinada en no querer lo más cierto y lo más bueno,

¿sabes qué es esto? Veneno que ese tuyo ha de romper.

(Aqui le muestra el veneno.)

Resuélvete, que ya es tema eso, más que fe y verdad.

OCTAV. Contra la corriente rema. [Ap.]

FLAM. Como es oro la bondad, fuego la apura y no quema.

Y así, cuanto más harás, menos ganas, y me das más corona de virtud.

TORC. Por ver si tu juventud del falso error en que estás, sobre acuerdo te retira, éntrate en ese retrete, y dentro de una hora mira la muerte que te promete quien por tu muerte suspira,

Vase la DUQUESA, y OCTAVIO hace como que va a acompañarla.)

y al fin tu bien y tu daño.—  
¿Dónde vas? ¡[H]ola!

OCTAV. Acompaño al retrete a mi señora.

TORC. Quédate conmigo ahora.—  
Este me va sobre engaño.

[Aparte.]

OCTAV. Todo malo es receloso. [Ap.]

TORC. Pero si yo lo barrunto... [Ap.]

OCTAV. ¡O[h], cómo anduve medroso! [Aparte.]

¿No la avisara en un punto?  
Ni tengo paz ni reposo.

TORC. ¿Qué estás pensando?

OCTAV. Imagino cómo el duque Valentino ha de tomar esta muerte, si en la carta no lo advierte.

TORC. Digo que soy adevino. [Ap.]

Quiero hacer el juego maña, que éste me vende o me engaña. Por tu daño contrapuntas,

[Alto.]

Octavio, muy bien preguntas;

mas si el Duque desde España no se declaró mejor, fué porque yo lo entendía.

OCTAV. Pues me escuchas bien, señor, sólo una cosa querría por descargo de tu honor: que aguardes otro correo, que en el pasado no veo que te dé tal facultad.

TORC. Dices muy grande verdad; yo cumpliré tu deseo.

(Entra un PAJE.)

PAJE. Señor, a la puerta queda un mensajero aguardando.

TORC. Pues ¿quién la entrada le veda?

(Vase el PAJE, y entra el CORREO, con el PAJE propio.)

CORREO. De España vengo volando, porque albricias me conceda la Duquesa, mi señora.

TORC. Yo te las mando, que agora no puedes hablar con ella. ¿Dónde está el Duque?

CORREO. En Marsella, libre y contento.

TORC. En buen hora; más daña cuanto más tarda. No lo publiques, y aguarda.—  
Mira, Octavio, este papel; dirásme lo que hay en él.—  
Y haz tú que junten la guarda.

(Vanse el PAJE y el CORREO.)

Si no muere esta mujer, [Ap.] me descubre a su marido; si vive, Octavio, ha de ser causa del mayor ruido que me puede suceder.

Muera ya quien me embaraza que al Duque su misma traza por disculpa darle puedo, y muera, Octavio, y mi enredo no puede salir a plaza.

Este acuerdo es el más sano.

¿Con qué empece este correo? En este papel, es llano, [Alto.] me dice el Duque, y lo creo, que vitorioso y ufano

viene luevo, y no me pesa. ¿No es esto? ¿No escribe así?

OCTAV. Sí, señor; pero no a ti.

TORC. Pues ¿a quién?

OCTAV. A la Duquesa.

TORC. ¿A la Duquesa más daño?

OCTAV. Y abríla porque te siga.

TORC. Yo anduve recio y extraño con él, con ella y contigo; pero ya me desengano.

Yo quiero hacer amistad ya fuera de la ciudad. ¿Sabes la viña o jardín que compré del florentín por tan grande cantidad?

OCTAV. Bien la sé.

TORC. Pues ve al momento,

y aparéjanos allá, con usado cumplimiento, una cena, que será dulce postre de mi intento; que allá me pienso llevar a la Duquesa en un coche.

OCTAV. Por albricias quiero entrar.

TORC. Yo te las daré esta noche, que éstas a mí se han de dar. Y no cuentes la venida del Duque, porque sabida de mi boca por tu gente, alguna saña descuente que me tiene concebida.

OCTAV. Así lo haré.

(Vase OCTAVIO y entra un PAJE.)

PAJE. Ya he juntado la guarda, como has mandado.

TORC. Entre el capitán Orfeo, y no se vaya el correo, y esté a la puerta a recado.

(Vase el PAJE, y entra el CAPITÁN ORFEO.)

CAPIT. ¿Qué es lo que mandas, se-

TORC. Quiero emplear, Capitán, [fioré]

tu secreto y tu valor  
en negocios que nos van  
al Duque y a mí el honor.

Y porque es el caso breve,  
si a matar un falso aleve  
te atreves, diréte el nombre.

CAPIT. No es fiel vasallo, no es hombre  
quien por su Rey no se atreve.

Tu injusto dudar no quiera  
hacer a mí ese agravio.

TORC. Pues el que importa que muera  
es ese traidor Octavio.

¿Qué te turbas? ¿Qué te altera?

CAPIT. Natural mudanza ha sido,  
porque ha días que rompido  
ando con él por amores.

TORC. Pues si sois competidores,  
seguro está mi partido.

Traigan volando una copa,  
después sabrás en qué topa  
la verdad de aqueste caso.

«Salga el PAJE con un vaso, en el cual pon-  
drá TORCATO la mitad del veneno que está  
en otro vaso encima de una mesa:»

Has de llevar este vaso  
al mayor traidor de Europa;  
a Octavio, digo, que espera  
en mi jardín deleitoso,  
y quiera el falso o no quiera,  
este veneno rabicso

le harás beber y que muera.

Probará si es acertado,  
y su cuerpo, ya finado,  
pondréisle donde se encubra,  
que porque no se descubra  
de la ciudad le he sacado.

Tomarás la compañía  
necesaria, y si porfía,  
mataréisle a puñaladas.

CAPIT. Estas son de las jornadas  
que mi brazo apetecía.

Serás al punto servido;  
mas ¿por qué partes, señor,  
ese veneno?

TORC. He sabido

que es de más fuerza y mejor  
cuando esté más repartido.

Vete, y entre ese Correo.

(Vase el CAPITÁN, y entra el CORREO.)

CORREO. Con mucho gusto y deseo  
la paga esperando estoy.

TORC. Esta es la paga que doy.

(Dale de puñaladas.)

CORREO. ¡Ay, que muero!

TORC. Así lo creo.

(Salen dos GUARDAS.)

¡A[h] de la guarda! Arrojad  
este difunto en un silo  
sin mucha publicidad. [Dilo.

GU. 1.º ¡O[h], pobre! ¿Qué hiciste?

GU. 2.º Alguna grande bondad.

(Llévanse el cuerpo muerto.)

TORC. Para llagas enconadas  
el aplicar es gran yerro  
medicinas delicadas,  
cuando con fuego o con hierro  
solo pueden ser curadas;  
y así rompo y atropello  
mi mal, pues me puso en ello  
esta fiera ingrata y dura,  
que está más brava y segura  
tiniendo el agua hasta el cuello.

Tanto por salirme dél,  
cuanto por vengarme della,  
me quiero mostrar cruel;  
mas ya viene la centella  
que me hace un Mongibel.

¡O[h], pertinacia! ¡O[h], ri-  
digno efeto del furor [gor,  
de una mujer apremiada!

(Sale la DUQUESA [FLAMINIA].)

FLAM. Ya del todo asgurada  
del ordinario temor,  
vengo, Torcato, a morir,  
si a matarme te dispones,

movida de unas razones  
que te las quiero decir.

MI esposo manda que muera;  
es mi señor natural;  
la razón más principal  
sólo restriba en que quiera.

Yo no puedo tener gusto;  
quizá el Duque está sin vida;  
quedo sola y afligida [to.  
y en poder de un hombre injus-

La vida es jornada incierta,  
la muerte más general,  
y quizá con otro mal  
me aguarda en aquella puerta.

En mí se acaba el linaje  
que en Italia florecía,  
a cuya sombra podía  
vivir sin temor de ultraje.

Yo muero leda y sin culpa;  
mi pecho llevo siguro,  
y pues yo no lo procuro,  
la fuerza doy por disculpa.

Por Dios y por él también,  
por si volviere a su estado,  
ni quede al mundo obligado  
ni algunos culpa le den.

Yo te ofrezco de fingir  
que muero de otro accidente;  
dame el veneno.

TORC. ¡O[h], incientemente,  
que aborreces el vivir!

Moviérame a compasión  
tu juventud mal lograda;  
pero mi saña, incitada  
de tu recia obstinación,  
del arbitrio que tenía  
para dilatar tu muerte  
no quiero usar; pero advierte  
que ni es santa esa porfía,  
ni a Dios le parece bien  
corazón tan pertinaz,  
porque el cielo todo es paz  
y es guerra odiosa un desdén.

«Aquí toma [FLAMINIA] el veneno en la  
mano, y estále contemplando, y prosigue  
TORCATO:»

¡Toma el veneno en la mano!  
¿No le teme?

FLAM. No le temo.

TORC. Esta locura es extremo  
de un corazón inhumano.

(Aquí le junta a la boca.)

Junta (i) al labio, no [h]ayas  
¡qué!, ¿no le temes? [miedo;

FLAM. Muy poco.

TORC. Bebe dél; aguarda un poco,  
matarte quiero y no puedo.

Pero si de tu locura  
no me resulta otra cosa  
que una muerte rigurosa  
y una enemiga tan dura,

¿qué piedad puedo aguardar  
de quien de sí no la tiene?  
Una vez erré y conviene  
que persevere en errar.

En odio grande ha trocado  
los enredos del amor,  
bien es suyo este rigor  
dese tu pecho obstinado.

(Aquí bebe el veneno.)

Bebe; que en tu pertinacia  
me das ejemplo a la mía,  
y acaba tu rebeldía,  
y acábase mi desgracia.

FLAM. Ya parece que aliviada  
me siento, amigo, y más fuerte,  
desde que siento la muerte  
en mi pecho aposentada.

Voime a dar razón de mí,  
que al fin he de morir luego,  
y por Dios te pido y ruego,  
si pueden ruegos en ti,  
que le relates fielmente,  
si aporta acá mi marido,  
este poco que le he sido  
fiel, amiga y obediente.

Y mira por mis criadas,  
de quien fuí muy bien servida,  
que por ser corta mi vida

(i) En el texto: *júntale al labio.*

quedan mal galardonadas.

Y Dios te perdone, amigo,  
que yo por mí te perdono.

(*Vase.*)

TORC. Mal hallarás ese abono  
en tu mayor enemigo.  
Afligido me han dejado  
tu locura y tu desdén;  
mas yo te juro que es bien  
poner cosas a recado.

Una que mucho me importa  
me reparas en fingir  
tu manera de morir,  
¡o[h], mujer soberbia y corta!

(*Entrése y dñense dentro algunas voces, como  
de tempestad, y digan dentro gritando  
dos PILOTOS:*)

PILOTO 1.º

¡Amaina, amaina, presto ayuda, ayuda!  
Echen al mar la ropa y obras muertas;  
acuda cada cual, acuda, acuda;  
cierren las puertas que verán abiertas.

PILOTO 2.º

Al esquiife, señor; que ya sin duda  
la muerte se va entrando por las puertas.

PILOTO 1.º

Ayúdanos, Santelmo, en este aprieto,  
y vos, sagrada Virgen de Loreto.

(*Salz el DUQUE, desnudo y mojado.*)

DUQUE. Gracias te doy, Uno y Trino,  
que aunque roto y destrozado,  
me das por fin del camino  
la costa de mi ducado,  
que es ésta, a lo que imagino,  
libre de las ondas fieras  
que han sorbido mis galeras,  
sin que dellas escapase  
uno solo que pisase  
a mi lado esas riberas.

Mas aunque pude librarme  
y he surgido en este suelo,  
que tanto bien ha de darme,

combato con un recelo,  
que es imposible alegrarme.

Allá me nació en España,  
y desde allá me acompaña,  
y engendróle en mi dolor  
Torcato el gobernador,  
que sospecho que me engaña.

Tengo asomos de que él fué  
la ocasión de mi jornada,  
y recelo de su fe  
por una carta cerrada  
que al partirme le dejé,

que me da las manos llenas  
de temores y de penas.

¡Ah, moceidades perdidas!

Y ¡cómo sois conocidas  
mejor en tierras ajenas!

Mas pues esta adversidad  
tan a cuenta me ha venido  
para saber la verdad,

quiero buscar un vestido  
y entrarme por la ciudad.

Entre aquestos pescadores  
que, libres de mis temores,  
alegres pasan la vida,  
pienso hallarle, y la guarida,  
que es mejor que las mejores.

(*Salgan GANIMEDES y LAUSO.*)

GANIM. Estas son de las hazañas  
que el mar hace cada día.

LAUSO. ¡Qué de cosas y qué estrañas  
de cuantas la tierra cría  
ha escondido en sus entrañas!

GANIM. Y las gentes miserables  
dan por sus aguas mudables,  
a merced de un frágil leño,  
ratos al gusto y al sueño,  
como si fueran tratables.

LAUSO. Diganlo esas tres galeras,  
que agora quedan sumidas,  
y tanto, que en vano esperas  
que algunas gentes perdidas  
aporten a estas riberas,  
que todas se han anegado,  
y tú, ya rico y velado,

¿quieres al mar ofrecerte  
y tentar la misma suerte  
que por éstas ha pasado?

GANIM. No sabes tú la verdad  
de mi historia.

LAUSO. Bien la sé.

GANIM. ¿No has sabido la amistad  
de Lucrecia?

LAUSO. Por mi fe,  
que fué ejemplo de bondad.

GANIM. Si quedo rico por ella,  
y si de Tirsia la bella  
me dió la mano perdida,  
por quien me ganó la vida  
¿será locura perdella?

LAUSO. Haces bien, que es grande  
de la virtud el ser grato; [arreo  
mas ¿qué ha sido de Nereo?

GANIM. Ya por amigo le trato,  
y en festejarle me empleo.

Que, por ser rico, me ha dado  
mil favores y su lado.

LAUSO. Dios quiera que no te cueste;  
mas ¡ay!, ¿qué extranjero es és-  
tan desnudo y tan mojado? [te

(*Miranle, y dice GANIMEDES aparte:*)

O yo duermo o desatino,  
o es el duque Valentino.  
Disimular me conviene;  
que si es él, del cielo viene  
a escusarme este camino.

DUQUE. Si vuestras chozas amadas  
albergan los extranjeros,  
como están acreditadas,  
y si de los marineros  
son reparos y moradas,  
por Dios, señores, os ruego  
que a vestido, mesa y fuego  
un marinero acojáis,  
que del furor que miráis  
escapa.

GANIM. Tened sosiego,  
que presto seréis servido  
con fuego, mesa y vestido,  
dado con limpias entrañas,

porque son estas cabañas  
tales como siempre han sido.

¿De dónde sois?

DUQUE. Calabrés.

GANIM. ¿Y las galeras perdidas?

DUQUE. Del general ginovés,  
que venían dirigidas  
al socorro del francés.

GANIM. Este es el Duque, sin duda.

(*Aparte.*)

Tu fe, Lucrecia, me ayuda;  
yo quiero favorecella,  
y entablar sin ti por ella  
una invención muy aguda.—

Nadie sabe, forastero, [*Alto.*]  
los reveses desta ingrata  
mejor que el que es marinero,  
como aquel que juega y trata  
sus suertes en su tablero.

Y así, no puedo deciros  
lo que puedo divertirlos,  
sino llevaros, señor,  
a parte donde mejor  
pueda hablaros y servirlos.

que es una choza vuestra,  
tan rica de voluntad  
como pobre por ser nuestra.

DUQUE. Yo serviré la amistad,  
y en fe della os doy mi diestra.

(*Vanse el DUQUE y LAUSO.*)

GANIM. ¡O[h], Lucrecia, qué invención  
llevo en la imaginación!  
Traidor seré, mas no importa,  
que bien es amistad corta  
la que repara en traición.

(*Entranse, y se acaba la segunda jornada.*)

## JORNADA TERCERA

(*Salen dos GUARDAS, con el cuerpo muerto  
de OCTAVIO, y el CAPITÁN ORPHEO.*)

CAPIT. Esta piedra levantad,  
y en esa fuesa enterrad  
al señor Octavio, al lado

de aquese gentil, que honrado dejó la gentilidad.

GU. 2.º ¿Cómo se llamaba?  
CAPIT. Tito,  
dice el letrado, que está despintado o mal escrito.

(Aquí alzan la piedra de la sepultura.)

GU. 2.º Mucho pesa.

CAPIT. Pesará  
porque es de jaspe infinito.

GU. 2.º Huesos quedan todavía.

GU. 1.º Este agujero querría cerrar con un recio canto.

CAPIT. Déjalo, no importa tanto, por si respira algún día Octavio.

GU. 1.º También podrán entrar por aquí lagartos, que su cuerpo comerán.

CAPIT. Sí, que tiene buenos cuartos.

GU. 2.º Tan buenos como el buen pan.

CAPIT. Vamos a palacio presto, y callad, y esperad desto mercedes muy principales.

GU. 2.º No las quiero; si son tales, yo me dejo con mi resto.

(Vanse y salen GANIMEDES y TIRSIA, la cual ha de sacar una mesa con manteles y recado.)

GANIM. Pon, Tirsia, la mesa presto en las riberas del mar, que el huésped quiero alegrar y pienso alegrarle en esto.

¿Qué nos tienes para cena?

TIRSIA. Tres maneras de pescados en vivas ascuas asados, y una ensalada muy buena.

GANIM. No tendrá falta de sal, pues de tus manos ha sido.

TIRSIA. A placer, señor marido; y no me trate tan mal, que no fué mala ensalada la que le dieron ayer; muy bien la supo comer,

no la dejó por salada, que como en frescos pimpo-la tierna rosada estaba, [llos y el verde nuevo pintaba los primerizos cogollos.

GANIM. Pues ¿niego yo la ternura? Toda la vida durara.

TIRSIA. Yo estoy cierta que repara en esa vuestra ventura; todos al pan de la boda corréis con grande apetito, y en leyendo el sobreescrito, arrojáis la carta toda.

GANIM. Antes yo toda mi vida pienso ser recién casado. Brava mesa has adrezado, limpia, copiosa y florida. Ya viene el huésped.

(Sale el DUQUE.)

DUQUE. ¡O[h], amigo!

Tu alegre vida y curiosa de mi patria y de mi esposa me olvidó, estando contigo.

GANIM. Tirsia quiere regalarte; échalo todo a su cuenta.

DUQUE. Pues ¿tu esposa no se sienta? Tirsia, bien puedes sentarte.

TIRSIA. Serviré de mayordomo, de paje y de maestresala.

DUQUE. Mereciera tanta gala un huésped de mayor tomo.

(Aquí se sientan el DUQUE y GANIMEDES.)

Desde agora me imagino que soy vuestro Duque.

GANIM. Quiero teneros por tal, y espero trataros por Valentino.

(Aquí comienzan a comer.)

DUQUE. ¿Qué se dice de su estada?

GANIM. No llegan acá esas nuevas, que son manjares y pruebas de la corte entronizada; allá todo en ellos cabe, y ténganlo en hora buena,

pues quizá que en esta cena hay quien un secreto sabe; pero...

DUQUE. Huésped, ¿qué secreto sabéis vos?

GANIM. Cosa es muy alta.

DUQUE. ¿Es alguna sobra?

GANIM. Es falta de bondad y de respeto.

DUQUE. Saltos me da el corazón. (Ap.)

De extranjeros es querer. (Alto.)

todas las cosas saber

ajenas de su nación;

y así, os ruego por mi vida lo digáis.

GANIM. Será maldad, que es deshonor.

DUQUE. Negra bondad, [Ap.] negro honor, negra comida.

(Aquí se suspenda, y coman muy poco a poco.)

Sin duda que a mí me toca.

GANIM. Huésped, ¿de qué os suspendéis, que una jornada ponéis desde el plato hasta la boca?

DUQUE. Enójome en todo efeto con vos.

GANIM. ¿Sobre tanta paz?

DUQUE. Sí, pues me hacéis incapaz de guardaros un secreto.

GANIM. Lo que al Duque Valentino le importa, ¿qué os toca a vos?

DUQUE. ¡O[h], justo azote de Dios! (Aparte.)

GANIM. ¿De qué os ponéis tan mohíno?

DUQUE. Digo, señor, que reviento de veros desa manera.

GANIM. Sálgase Tirsia allá afuera, que yo os quiero dar contento.

TIRSIA. Voime, que ya los entiendo; soy parlera.

DUQUE. Sois mujer.

GANIM. Tenednos fresco el beber.

DUQUE. Para el fuego en que me encien- [do. [Ap.]

(Vase TIRSIA.)

GANIM. Estraña curiosidad es la vuestra.

DUQUE. Soy curioso.

GANIM. Pues por el Dios poderoso que nos gobierna, jurad que lo callaréis.

DUQUE. Sí juro.

GANIM. Pues sabed que es otro día, a la que el alba reía llegué de palacio al muro.

DUQUE. ¿A cuál? ¿Al de Valentino?

GANIM. No [h]ay en corte otro palacio; pero comamos de espacio, que no estamos de camino.

DUQUE. ¡Ay, mi honor! (Ap.)

GANIM. Es que quería una nación de pescados vender, por ser estimados, y al tiempo que amanecía...

¿Dirélo? Vide una escala, por la cual bajaba un hombre, que es mejor callar el nombre; bajaba desde una sala.

DUQUE. ¿De palacio?

GANIM. Y de la estancia de la Duquesa.

DUQUE. ¡O[h], traidor!

¿Quién era?

GANIM. Basta, señor, que era varón de importancia.

DUQUE. No más; mi honor es perdido. [Aparte.]

Por un solo Dios te ruego que no me atices el fuego en que me ves consumido.

Pues has comenzado, acaba.

GANIM. Como si os tocase a vos os apasionáis; por Dios, que es brava esa pena.

DUQUE. Es brava.

¿Quién era el hombre?

GANIM. Torcato.

DUQUE. ¿Y la dama?

GANIM. Digo que era Flaminia.

DUQUE. Desa manera [Ap.]

GANIM. con razón me aflijo y mato.  
Como tiene aquí una aldea es de mí muy conocido; sentíle y no fuí sentido; vile, y porque no me vea me alargué con una rama, y a no sé quién, que allí estaba, le conté lo que dejaba, caminando con su dama.

DUQUE. ¡Ay de mí!

GANIM. Porque salía reventando a borbollones, lances, glorías y ocasiones, que hay que contar para un día.

DUQUE. Ya estás, huésped, satisfecho. Gentil consuelo me das.

GANIM. Y esto no salga jamás de mi pecho y de tu pecho; y estimemos nuestra vida, pues es lo que puede ser.

(Aquí sale TIRSIÁ.)

TIRSIÁ. Señores, ¿usa el beber por dicha en esta comida?

DUQUE. Ponzosña la llamo yo. [mano,

TIRSIÁ. Qué le [h]abéis contado, heral huésped, que tan temprano con nosotros se enojó?

DUQUE. No es enojo, Tirsia bella; una tristeza es que suele venirme, y así me duele, que habré de morirme della; y porque el manjar me daña y el paseo me divierte,

(Aquí se levanta de la mesa.)

quedaos adiós; desta suerte se ha de emprender una hazaña.

¡O[h], choza del conde Or-  
Quisiera su furor ciego [lando] para abrasarte en el fuego en que me voy abrasando;

pero mejor es guardar contra mi casa su furia, que un honrado y con injuria con seso se ha de vengar.

(Vase el DUQUE.)

TIRSIÁ. ¡Ay, Dios, qué furioso parte!

GANIM. Herido va de una flecha, que ni remedio aprovecha ni será consuelo parte.

TIRSIÁ. A fe que lo he de saber.

GANIM. Sí, pero en otra ocasión.

(Entran LUCRECIA y CORIDÓN.)

¡O[h], Lucrecia! ¡O[h], Cori-  
¿Tanta merced puede ser? [dón!]

CORID. ¿Qué se hizo un extranjero, que Lauso dijo que estaba contigo?

GANIM. Agora cenaba muy alegre y placentero, y enfermo o loco de veras, de nosotros se ha partido.

CORID. Pensamos que [h]abrá salido libre de aquellas galeras, que son infaliblemente las del duque Valentino, que al remate del camino se ha perdido con su gente.

Avisé al Gobernador de su naufragio, y quería de uno de su compañía saber cómo fué mejor.

GANIM. El me dijo que era inglés, y de Génova la armada.

CORID. Fué mentira y mal pensada; mas yo volveré después.

(Vase CORIDÓN.)

GANIM. Recoge, Tirsia, la mesa.—  
Vente, Lucrecia, conmigo, que te fuí muy buen amigo; ya te cumplí la promesa, que es el duque Valentino el que buscáis.

LUCR. ¿Cómo ha sido?

GANIM. Del modo que lo he sabido lo sabrás en el camino.

(Vanse y entren la mesa.)

(Sale el CAPITÁN ORPHEO y un PAJE.)

PAJE.

De justo luto, Capitán, se viste

toda nuestra ciudad alborotada.

CAPITÁN.

¿Que al fin murió Flaminia?

PAJE.

Como viste, acabó la Duquesa su jornada.

(Aquí entra el DUQUE, y póngase en parte donde no le vean.)

DUQUE.

Este son de campanas largo y triste que asombra mi ciudad tiranizada, me hiere en las entrañas y me altera.

PAJE.

Su muerte fué, señor, desta manera.

DUQUE.

Estos cuentan la causa deste llanto; pues voy bien disfrazado, saber quiero la causa dél.

PAJE.

Apenas su gran manto mostró la noche antigua al [h]emisferio, cuando de nuevo y no pensado espanto, causado por un eco lastimero de mujriles voces desiguales, se hincheron de palacio los umbrales.

DUQUE.

Palacio dijo; cosa es que me toca.

PAJE.

Corrimos, pues, al mujerial estruendo, y con un rostro que a llorar provoca las peñas, muchas lágrimas vertiendo, mil perlas derramando por la boca, hallamos a Flaminia, que muriendo...

DUQUE.

¡Flaminia! ¡Ay, triste!

PAJE.

Ya se despedía de la postrera luz, y así decía:  
"Un repentino mal apoderado de mis débiles fuerzas, recio y fuerte,

ya, como veis, amigos, me ha llegado a la temprana, aunque esperada muerte. Al Duque os encomiendo, si ha quedado libre en España desta misma suerte."

DUQUE.

Pues ¿cómo no ha llegado mi correo? Con más dolor, con más temor peleo.

PAJE.

Dijo; y trocando aquel matiz de grana en pardo claro y amarillo oscuro, tal como flor marchita, que temprana se rinde al hado presuroso y duro, pagó el cuerpo gentil la deuda humana, y el alma pura por el aire puro subió a gozar de la inmortal belleza, dejándonos aquí duda y tristeza.

CAPITÁN.

¿Duda? y ¿de qué?

PAJE.

De ver cuán repentina y sin esterna causa fué su muerte, que ni el doctor Cardano lo adevina, ni dice cosa que a razón concierte; mas lo que se murmura y se imagina diréte lo al oído.

(Aquí le habla al oído.)

CAPITÁN.

Desa suerte

no [h]ay que espantar, y aun yo también confirmar tu razón con otra mía. [podría

DUQUE.

Todo en mi daño es esto cuanto veo, crece mi enfermedad de punto en punto.

PAJE.

Si quieres ver con imperial arreo un cuerpo muy honroso, aunque difunto, que en esa sala yace.

DUQUE.

Allá el deseo me lleva donde está mi hacienda, junto

de mi vida ya muerta, ¡oh suerte ingrata!  
que ni me da reposo ni me mata.

(Váyase.)

CAPITÁN.

¿Cuándo la entierran?

PAJE.

Pienso que mañana,  
que el doctor manda que se esté dos días  
sin enterrar.

CAPITÁN.

¡O[h], ciencia incierta y vana  
que matas y rematas y porfías!

PAJE.

Torcato viene, que en cerrar se afana.

CAPITÁN.

¡Cómo sabe el traidor de hipocresías!

PAJE.

Yo me voy a poner mi luto en talle.

CAPITÁN.

Yo me quiero quedar, porque he de ha-  
[blalle.

(Vase el PAJE, y sale TORCATO, con luto  
leyendo un papel, y CARINO.)

TORC. Y a Coridón le dirás  
que estimo en tanto la nueva  
cuanto por esta verás;  
vete y la carta le lleva.

(Dale la carta, y vase CARINO.)

¡O[h], Capitán! ¿Aquí estás?  
Pues ¿hizose bien aquello?

CAPIT. Bastaba entender en ello  
mi mano por tu mandado.

TORC. Y ¿dónde quedó enterrado?

CAPIT. Donde nadie podrá vello.

TORC. Bien me has servido; yo quie-  
comenzar a levantarte; [ro  
mira este papel primero.

(Muéstrale el papel de CORIDÓN, y mien-  
tras lo lee, dice TORCATO:)

Dios, que los estados parte,  
cuya voluntad es fuero,  
me da los de Valentino  
por un extraño camino,  
pues él con sus tres galeras  
se ha perdido en las riberas  
de su ducado, al cual vino  
de España con su intención,  
como dice ese papel.

CAPIT. Si fué cierta su prisión,  
¿quién asegura que es él?

TORC. ¡Extraña imaginación!  
A no tener el correo (Ap.)  
segundo, ya mi deseo  
colmara su vela [h]inchada.  
Ella es cosa averiguada

[Alto.]

que el Duque es muerto.

CAPIT. Y lo creo.

TORC. La Duquesa es ya difunta,  
y mi Lucrecia heredera,  
como deuda más conjunta;  
sólo Marcelo pudiera  
hacernos alguna punta,  
mas está viejo y tullido.

CAPIT. Y en una cama tendido  
el tío del Duque.

TORC. Sí.

CAPIT. Ese viejo, sobre mí,  
que no mengüe tu partido;  
no le temas, que ni tiene  
amistad que buena sea,  
ni deudo alguno.

TORC. Conviene,  
mientras el lugar se emplea  
en este entierro solene  
y estas bayetas despido,  
que partas apercebido  
por Lucrecia, y me la ablandes.

CAPIT. Haré, señor, cuanto mandes.

TORC. Así lo tengo entendido.

(Entre un PAJE.)

PAJE. De parte de Coridón  
está un pescador afuera.

TORC. Hazle entrar; este varón

me ha servido de manera  
que merece galardón.

(Vase el PAJE.)

(Entre el pescador LAUSO.)

LAUSO. De la pasada tormenta  
un hombre solo, y de cuenta,  
sabemos que se ha librado,  
que a la ciudad ha llegado  
y en la ciudad se aposenta.  
Coridón te avisa desto,  
porque lo mandes buscar.  
TORC. Capitán, conviene presto  
hallarle por el lugar, [puesto.  
que en gran confusión me ha  
Mas no; que si el Duque fuera,  
a sus palacios viniera;  
mas servirá por testigo  
de su muerte el cielo amigo.  
En mi nombre alzo bandera.

(Entra un PAJE, con una daga desnuda en  
la mano.)

PAJE.

Señor, por lo que debes a tu cargo,  
a la antigua amistad y parentesco,  
al mundo, al cielo, al tiempo, a la for-  
[tuna,  
y finalmente a ti, que acudas presto  
a la sala dorada de palacio,  
que el humo negro de las hachas tristes,  
que forman un teatro lastimoso  
para el difunto cuerpo de Flaminia,  
la tiene calorosa y despintada,  
y allí verás un caso extraño y nuevo,  
digno igualmente de tristeza y gozo.

TORCATO.

No lo encarezcas más, cuéntalo presto.

PAJE.

Has de saber que el duque Valentino  
ha llegado a su casa.

TORCATO.

¿Quién? ¿El Duque?

PAJE.

El Duque nuestro, y yo [mismo] lo he  
[visto.

TORCATO.

¡O[h], grave mal; o[h], pensamientos  
[míos, [Ap.]  
nacidos y acabados en un punto!

PAJE.

Llegó, rompiendo guardas y defensas,  
en hábito de un pobre marinero,  
hasta el difunto cuerpo de su esposa.

TORCATO.

Verdad nos dijo el pescador, sin duda.

LAUSO.

Pues ¿qué? ¿Mienten allá como en pa-  
[lacio?

PAJE.

Y mirándole allí, sin conocerle,  
muchos que por señor le conocimos,  
le vimos suspendido una gran pieza,  
mostrando con acciones desiguales  
ira y dolor, tristeza y alegría,  
un fogoso apetito de venganza  
y una lástima tierna de amor puro;  
todo en un hombre, todo en un instante,  
y todo tan distinto y conocido,  
que se echaban de ver como si fueran  
conceptos declarados por la boca.

CAPITÁN.

Veis aquí derribado el edificio  
que este desvanecido fabricaba.

PAJE.

Su mucha suspensión, que con la nuestra  
corría un paso y una suerte misma,  
se acabó en arrancar un puñal limpio,  
que con la diestra mano sacó el Duque.

TORCATO.

Y ¿matóse con él?

PAJE.

No, pero quiso  
sepultallo en los pechos de su esposa;

aquí puso el dolor toda su fuerza,  
y aquí el amor cargó todas las suyas,  
y aquí la admiración y la ternera  
en él y los presentes se miraban,  
ajenos de pensar que era locura;  
que el seso se mostraba por sus veras.

TORCATO.

¡O[h], prodigioso cuento, o[h], nueva  
[triste!  
¡O[h], mal no prevenido, que me ciega  
a la razón los ojos y al discurso!

PAJE.

Venció el amor: y al tiempo que ya iba  
bajar el hierro vengativo y fuerte  
del pecho el odio y el furor del brazo,  
de la mano el puñal, y al fin la vida  
le quitó por un rato; que sin ella  
estuvo sobre el cuerpo de Flaminia  
llorando, y conocido por nosotros.

TORCATO.

¿Tornó después en sí?

PAJE.

Pero tan triste,  
que ni admite consuelo ni consejos,  
ni sabemos cuál es la causa desto,  
ni él la quiere decir; sólo pregunta  
por Torcato.

TORCATO.

¡Ay, dolor, algún enredo [Ap.]  
me ha tramado Lucrecia allá en España!  
Perdido soy si el ánimo y cordura  
me faltan; si vivieran los difuntos,  
¿quién pudiera librarme de la muerte?

PAJE.

Esta daga, señor, es buen testigo  
de la verdad, señor, que te refiero;  
que es la misma que al Duque le ha caído  
el cual ni quiso componer de luto [do,  
su cuerpo, ni mirar el de su esposa;  
mas aquí viene el triste.

TORCATO.

Vete, amigo,

y dile a Coridón esto que pasa,  
y que tenga a Lucrecia a buen recado.

LAUSO.

Ley será tu querer y tu mandado.

(Vase LAUSO y sale el DUQUE, con su ordinario hábito.)

DUQUE. Salíos vosotros afuera.

(Vanse, y queda el DUQUE con sólo TORCATO, el cual irá a besar la mano del DUQUE.)

No llegues, falso, a besarme  
la mano; que si no fuera  
bastante para vengarme,  
del brazo la dividiera.

Ya que mi suerte ha querido  
que errase en [h]aber seguido  
un miedo que me avergüenza,  
pues por las obras comienza  
todo príncipe ofendido,

entiende, ingrato, que sé  
la gran traición que me has he-  
pero ya te arrancaré [cho;  
por ella el alma del pecho.

TORC. ¿Yo traición? ¿Yo ingrato? ¿En  
[qué?

Si te debo un pensamiento  
que te agravie o que te incite,  
el justo cielo, en descuento,  
la injusta vida me quite  
por tu gusto y mi escarmiento.

Pues ¿quién me priva, señor,  
de tu gracia y tu favor,  
cuando esperaba mercedes?

DUQUE. Traidor, si piensas que puedes

ser, como siempre, traidor,  
bien haces en abonarte;  
pero si sabes que sé  
tus cosas parte por parte,  
en vano abonas tu fe  
y en vano quiero escucharte.

TORC. ¡O[h], Lucrecia!

DUQUE. Si viviera

esta alevosa, esta fiera,  
que tu muerte acompañara,

ella tu culpa acusara  
y ella tu culpa siguiera.

TORC. Sin duda que me ha vendido  
Lucrecia; importa fingir, [Ap.]  
aunque tengo mal partido.  
Muy bien pudiera vivir [Alto.]  
Flaminia, si hubiera sido  
yo tan fiel a su bondad  
como fui a tu voluntad  
sólo por obedecerte,  
y no quebrara en su muerte  
las leyes de mi piedad.

Matéla por tu mandado,  
con el orden que me diste.

DUQUE. Si eso queda averiguado,  
yo quedaré menos triste  
y tú más acreditado;  
pero temo que es ficción.

TORC. Bastante prueba y razón  
te puedo dar.

DUQUE. Deste modo  
ni fuiste malo del todo,  
ni es tan grave mi pasión.

TORC. Prueba he dicho; ya no acier-  
[to; (Ap.)

confuso estoy. ¿Quién podrá  
decirlo, si Octavio es muerto?  
Pero mi dicha será  
lo más firme y lo más cierto.

DUQUE. Si éste quisiera a mi esposa,  
[Aparte.]

es llano, es muy cierta cosa,  
que la muerte le escusara,  
pues ¿cómo el otro jurara  
una maldad tan odiosa?

Un simple, sin conocerme,  
¿qué ganaba en ofenderme?  
Suspenseo estoy. Ven acá; [Alto.]  
a ti te importa, y quizá [Ap.]  
que me importa el no perderme.  
[Alto.]

Que me des algún testigo  
que ratifique contigo  
lo que dices; ¿qué te alteras?,  
que tú solo no pudieras  
hacerlo.

TORC. Señor, yo digo...

[Aparte.]

Yo digo... Turbado estoy.  
Que Octavio lo sabe todo.

[Alto.]

¿Octavio dije? Yo soy [Ap.]  
perdido de aqueste modo.

DUQUE. ¿Dónde está Octavio?

TORC. Ya voy  
a buscarle.

DUQUE. Aguarda, espera.  
¡Ah de la guarda!

(Salga un PAJE.)

Llamad

a Octavio. Estoy de manera  
que esta grande adversidad  
me será alivio, aunque fuera  
cumplida mi voluntad.

TORC. Cuéntame cómo ha pasado.  
Llegó tu primer correo...

¿Primero dije? Ya veo [Ap.]  
que me confunde el pecado.

Digo primero en respeto

[Alto.]

de un otro que llegó tarde,  
y como vide tu aprieto,  
bien que medroso y cobarde,  
puse la muerte en efeto  
de la Duquesa en sazón  
que me dieron ocasión  
un vaso con que bebía,  
y un veneno que tenía  
para cierta pretensión.

DUQUE. Y Octavio ¿estuvo presente?

TORC. El mismo te lo dirá.

(Sale el CAPITÁN y el PAJE.)

CAPIT. Ni en casa ni entre tu gente  
parece Octavio, ni está  
en la ciudad.

TORC. ¿Si está ausente?  
Dame licencia, señor,  
para buscallo.

DUQUE. ¡O[h], traidor!,  
nuevo cuidado me das.

(Hace como que le va a buscar TORCATO.)

En una torre podrás  
hallar a Octavio mejor.

De allí disculpar te puedes,  
sin que yo te dé lugar  
a que más trames o enredes.—  
Id vosotros a buscar  
a Octavio, y haré mercedes  
al que le hallare.

PAJE. De balde  
será el buscarle.

DUQUE. Llevalde  
vos, Capitán, y mandad  
que con gran seguridad  
le tenga preso el alcaide.

TORC. Vamos; que el cielo será  
vengador desta injusticia.

(Aquí lleva el CAPITÁN preso a TORCATO.)

DUQUE. Cuanto más te ayudará,  
mirando por tu justicia,  
más por mi honor mirará.

He de procurar valerte,  
no por escusar tu muerte,  
sino a cuenta de mi honor,  
estimando por favor  
lo que es rigor de mi suerte;

que bien lo será si entiendo  
que, libre de toda culpa,  
pagó mi esposa, muriendo,  
la pena que te disculpa;  
pero, pues ganó perdiendo,  
piérdase el gusto y la vida  
como no quede perdida  
mi fama, que es lo mejor.  
Mas, ¡ay, triste!, al pescador  
no puedo darle salida;

¿qué malicia le moviera  
a un varón tan apartado  
de la corte, y si estuviera  
con enojo o sobornado,  
sin conocerme dijera

un caso de la ciudad?  
Su mucha rusticidad  
le abona, no [h]ay que dudar;  
mas ya lo mandé llamar,  
y sabré dél la verdad.

(Entre LUCRECIA.)

LUCRECIA.

Si del luto común de que se viste  
tu pueblo, con razón alborotado,  
bien que sin ocasión lloroso y triste,  
no traigo el cuerpo, ¡o[h], Príncipe!

[adornado;  
cuerpo que de tu sangre está compuesto,  
y a vuelta de tu sangre fué agraviado,  
sabrás que la razón y causa desto  
es la misma que lleva a tus vasallos  
con llanto injusto a mi congoja puesto.

Dejaste en tu lugar, para ordenallos,  
un desorden común, un apetito  
de acabar su persona y de acaballos.

Este traidor Torcato, este maldito,  
que el villano solar de a do deciede  
lleva en las obras y en la frente escrito;  
esta brasa infernal, que el fuego en-

[ciende  
de tu deshonra sin ningún respeto,  
pues sólo a su madad sigue y atiende;  
no contento de [h]aber puesto en efeto  
un millón de locuras en tu daño,  
sin orden, sin gobierno, sin respeto;  
no con fuerza y rigor, no con engaño.

No sé, primo y señor, cómo te cuente  
un caso tan enorme y tan estraño;  
mas porque todo malo se escarmiente  
te lo quiero decir. Alzó bandera  
contra tu honor y a vista de tu gente  
venció la fuerza dél como si fuera  
de mucha calidad su batería,  
y el homenaje y muros blanda cera.

DUQUE.

¡O[h], traidor alevoso! Bien decía  
el pescador.

LUCRECIA.

No tanto con mis penas  
el soberbio villano me afligía,  
y no con derramar a manos llenas  
tus riquezas, señor, para su intento,  
ganando con tus joyas tus almenas,  
ni su desordenado atrevimiento  
llegó a poder en mi dolor la parte

que de Flaminia pudo el sufrimiento;  
Flaminia, al fin, resuelta en agraviarte,  
a vista de mis ojos dió acogida  
a su lascivo amor, sin respetarte.

DUQUE.

Si pudiera infundirte nueva vida,  
diera, para privarte luego della,  
falsa, la que por ti queda ofendida;  
mas ya que por tu bien estás sin ella,  
en tu cuerpo alevoso haré venganza,  
si en tu cuerpo difunto puede habella.

LUCRECIA.

Tu dolor y tu honor pongo en balanza,  
ya recelosa de este sentimiento,  
y cargo la razón con más pujanza.

Octavio dirá parte deste cuento,  
que procuró estorballe como bueno,  
bien que no supo más que el pensamiento.

Ya bañado en dolor el triste seno,  
en destierro aguardaba su llegada,  
penando en él lo que al presente peno.

DUQUE.

Pues mi deshonra queda averiguada,  
bien es que pase la venganza della  
por los delgados filos de mi espada.

¿Tiene salud Marcelo?

LUCRECIA.

Está sin ella,  
tullido, como sabes.

DUQUE.

Ese quiero  
que emprenda por mi honor esta querella.  
Es sangre nuestra al fin, es caballero.

LUCRECIA.

Ojalá que por mí ocupara el puesto  
que luego con mi muerte dalle espero.  
¿[H]ay allá fuera un paje?

(Entre un PAJE.)

Corre presto,  
y haz venir a Marcelo como pueda,  
y dile que me va la vida en esto.

(Váyase el PAJE, y entre el CAPITÁN.)

CAPITÁN.

En una cárcel muy segura queda  
Torcato, tan guardado y defendido,  
que la habla y la pluma se le veda.

DUQUE.

Y Octavio ¿pareció?

CAPITÁN.

No ha parecido.  
¡O[h], cuán fiel soy, Torcato, a tu man-  
[dado! [Ap.]

LUCRECIA.

Quizá que lo [h]abrá muerto o escondi-  
[do.

En las dos cosas juntas ha acertado;  
Demonio es ésta. [Ap.]

DUQUE.

Capitán, ve presto,  
y haz armar en la plaza un gran tablado  
de la manera propia y en el puesto  
que para degollar un caballero  
se suele hacer.

CAPITÁN.

Torcato, malo es esto. [Ap.]

(Váyase el CAPITÁN.)

DUQUE.

En tanto, prima, que a Marcelo es-  
entrad por esa casa desdichada, [pero,  
que ya ni vella ni mandalla quiero,  
y no quede criado ni criada  
con luto, y quitaréis la pompa injusta  
de que esa vil mujer está adornada.

LUCRECIA.

Así lo haré; venganza es esta justa  
de un villano del polvo levantado  
y de un desdén soberbio que os disgusta.  
Muy bien, ¡o[h], Ganimedes, has probado.  
[Aparte.]

(Váyase LUCRECIA sola.)

DUQUE. El cielo justo ha querido  
darme castigo en aquello  
que más guardado he tenido,

pues en guardallo y querello como gentil me he regido.

Turbó desotro la historia mi discurso y mi memoria; seguíla y erré la suerte, y agora será mi muerte remate para mi gloria;

que es imposible tener vida sin honra, y privado de aquel ser que me dió ser, que, con haberme agraviado, siempre mi gloria ha de ser.

¡O[h], traidor! ¿En qué me [has puesto?

(*Salga un PAJE.*)

PAJE. Marcelo, aunque mal dispuesto, viene ya.

(*Sale MARCELO, tío del DUQUE.*)

DUQUE. Tío querido, para los gustos me olvido de vos y os ocupo en esto; pero vuestra discreción perdone mi poco seso.

MARC. Sobrino, los viejos son un peso de mucho peso; mas en cualquiera ocasión me hallaréis a vuestro lado útil y desagraviado; pésame de vuestra suerte y de Flaminia la muerte, por ser buena, me ha pesado; y espántome de que estéis sin luto en esta ocasión.

DUQUE. Marcelo, no os espantéis, y de mi mal la ocasión sabed si no lo sabéis.

Partíme a España, y dejando mis veces, mi esposa y mando al vil Torcato, que ha sido traidor a mi honor querido, sus justas leyes quebrando, deshonoróme en todo efeto, hallando en Flaminia vado.

MARC. Este, Duque, es un secreto que andaba muy murmurado

por las gentes sin respeto.

Allá me llegó a mi cama, y atendiendo a nuestra fama supe con mis diligencias mil honradas resistencias que el traidor hizo a esa dama, y lo que de sí me espanta. ¿Estáis bien seguro dello?

DUQUE. No fuera mi pena tanta, no me viera, a no sabello, con la muerte a la garganta. Torcato está en la prisión, y ha de pagar su traición con la vida, y esa ingrata muriera como me mata si viviera.

MARC. Y con razón.

DUQUE. Mas pues un drecho establece que cuando muere el culpado sin pagar lo que merece le saquen muerto al tablado, donde su culpa parece, quiero, siguiendo esta traza, que en uno que está en la plaza los mandéis degollar luego, que yo, por hallar sosiego, me quiero salir a caza.

Y esto me [h]abéis de ofrecer que se cumplirá sin duda.

MARC. Dejadme, sobrino, hacer; que ni quiero vuestra ayuda ni de vos he menester.

DUQUE. Denme volando un cuartago.

MARC. ¿Solo queréis ir?

DUQUE. Bien hago, pues a la muerte camino.

MARC. Pensad en vivir, sobrino, y veréis cómo los pago.

(*Vanse y salen GANIMEDES y TIRZIA.*)

TIRZIA. Por vida de mi salud que habemos de ir a ciudad si quisieras mi amistad.

GANIM. Eso es obra de virtud; tras [h]aberte referido lo que debiera callar, das agora en porfiar;

¿no sabes que si he mentido fué por pagar a Lucrecia lo que entrambos le debemos?

TIRZIA. No paga en esos extremos el que de honrado se precia.

Es acto la gratitud que en lo posible consiste; pero dime, ¿adónde viste imposible y con virtud?

Que si no es vicio, es locura que de la virtud desdice.

GANIM. Bien dices; pero yo hice poco en esta coyuntura.

Erró Flaminia, y de modo que se sabe por verdad; no fingir yo su maldad, solo me alargué en el modo.

TIRZIA. Y ¿quién te asegura deso?

GANIM. Lucrecia.

TIRZIA. Bien te aseguras; no has sentido las locuras, las rabias con todo exceso que levanta una celosa; y así, quiero que nos vamos, y a nuestro Duque digamos la verdad.

GANIM. Si ya su esposa murió, ¿qué celo nos llama? ¿Qué premios o qué mercedes?

TIRZIA. ¿No sabes tú, Ganimedes, que nunca muere la fama?

Esa vive, y ofendida por tu causa, y es razón que le tornes la opinión con que le manchas la vida.

(*Salga CORIDÓN.*)

CORID. Ganimedes, Valentino manda que vayas volando a la ciudad.

GANIM. Ya marchando nos hallas en el camino.

CORID. Yo hice mi obligación.

(*Vase CORIDÓN.*)

GANIM. Pues yo cumpliré la mía.

TIRZIA. Es muy cierto que te [h]abía

de salir desta invención algún enredo, aunque yo te aseguro, confiada de una palabra acertada que nuestro duque me dió, de una merced que me hacía; que entonces no la estimé, y con alas desta fe a la ciudad te traía.

(*Aquí se vuelve GANIMEDES a mirar la sepultura donde estaba OCTAVIO enterrado.*)

¿Qué miras embelesado?

GANIM. Estoy mirando este escrito, que fué en las eras de Tito monarca tan afamado.

¿Qué despintadas que están

las letras!, y aun he notado que yace aquí sepultado

un famoso capitán que venció muchas batallas.

TIRZIA. Pues bien.

GANIM. Con grande razón se encarece la lección de monedas y antiguallas.

TIRZIA. Vamos, que tengo ya miedo de alguna fantasma.

GANIM. Calla.

(*Aquí hace como que se va.*)

TIRZIA. Quédate solo a esperalla.

GANIM. Ven, que a tu lado bien puedo.

(*Aquí se hace ruido dentro de la sepultura.*)

TIRZIA. ¡Ay, Dios! ¿No sientes ruido?

GANIM. Déjate desas quimeras.

(*Aquí habla OCTAVIO dentro de la sepultura, y dice:*)

OCTAV. Si en las ansias postrimeras un hombre solo, afligido, hombres, os mueve a piedad, alzad esa piedra dura, que es en vida sepultura de mi cuerpo y mi verdad. Octavio soy.

GANIM. ¡Santo cielo!  
Corre más, Tirsia, si puedes.

(Aquí van corriendo por allí de una parte a otra, turbados.)

TIRSIAS. No me atajes, Ganimedes;  
que yo no corro, mas vuelo.

GANIM. Busquemos gente que acuda.  
(Vanse huyendo.)

OCTAV. No temáis, que no soy muerto;  
tened, amigos, por cierto  
que en pago de vuestra ayuda,  
si sois amigos, tendréis  
un amigo en mí muy bueno,  
y si sois los del veneno,  
sacadme, y me acabaréis  
más presto con una espada.—  
Mas ya se fueron de miedo.  
¡O[h], piedra ingrata! No puedo  
levantarte, de pesada.

Así me [h]abré de morir,  
que ya, de hambre y espanto,  
ni el laso cuerpo levanto,  
ni puedo hablar ni vivir.

(Sosiéguese OCTAVIO y salga el DUQUE  
muy triste.)

DUQUE. No sé cómo llevo yo  
mi pensamiento cruel,  
si a mí por venir con él  
mi caballo me dejó.

A pie y cansado le sigo,  
de mil penas alcanzado,  
haciendo al bosque pintado  
de mis suspiros testigo.

Junto desta sepultura  
me quiero un rato acostar,  
pues aquí podré envidiar  
mejor la ajena ventura.

(Aquí se reclina sobre la sepultura.)

¡O[h], tú, que en ella reposas,  
ya libre de ser celoso!  
Si turbare tu reposo  
la relación de mis cosas,

perdona, que Valentino,  
por remate desta guerra,  
quiere dejar a su tierra  
memorias de su destino;

Valentino, cuyo honor  
padebió tal detrimento  
por un ciego atrevimiento  
de una ingrata y un traidor.

¡O[h], Torcato aleve, injusto!  
Mas ¡o[h], Flaminia cruel!  
¿Qué bienes hallaste en él?  
O ¿en qué te dieron disgusto

mis acciones, ocupadas  
en sólo ofrecirme a ti?  
Perdí mi estado, y perdí  
de tus memorias borradas  
el asiento, que ofendido  
le lloro de puro amor,  
y tú perdiste el honor  
y al fin la vida has perdido,  
y perderás en la plaza  
la fama públicamente  
entre mi confusa gente,  
que ya ejecuta mi traza.

Ya quedo para perderme;  
mas si no pierdo la vida,  
y pues la gano perdida,  
y es dar a logro el perderme,  
con justa razón acuerdo  
de matarme con mi mano;  
pero no, que soy cristiano;  
mas sí, que soy noble y cuerdo.

(Echa mano a la daga, y quiere matar.)

Ponte, daga rigurosa,  
de suerte que al primer lance  
que a la cristiana dé alcance  
la justa memoria honrosa,  
hagas más presto el efeto,  
y déjame discurrir.

(Aquí saca OCTAVIO el brazo por el agujero que dejaron en la sepultura, y detienele el brazo al DUQUE.)

OCTAV. ¿Así, Duque, ha de morir  
un hombre sabio y discreto?

DUQUE. ¿Quién me tiene el brazo asido?

Suelta, visión, y procura  
gozar en tu sepultura  
de tu reposo querido.

OCTAV. Duque, no soy lo que piensas;  
vivo estoy y soy Octavio,  
testigo fiel de tu agravio  
y de tus penas inmensas.

DUQUE. En la voz te reconozco,  
mas temo que eres visión;  
ya he sabido, ¡o[h], fiel varón!,  
que lo fuiste, y yo conozco  
que muerto quiere que acudas  
el cielo a mi llanto esquivo.

OCTAV. Vivo estoy.

DUQUE. ¿Cómo estás vivo  
y enterrado?

OCTAV. Si me ayudas  
a levantar este peso,  
yo te haré ledo y contento.

(Aquí le ayuda el DUQUE a salir de la sepultura.)

DUQUE. Sal, pues, de tu monumento,  
y no me saques de seso.

OCTAV. Tócame, no soy visión,  
y escucha tu alegre historia,  
quizá medirá tu gloria  
con tu espanto y con razón.

Del ciego apetito injusto  
del tirano niño arquero,  
Torcato todo ocupado,  
hecho apetito del seso,  
emprendió a tu fiel esposa,  
gustando con mucho esceso,  
luchando con sus design[i]os  
y agonizando en su esfuerzo;  
desengañado y perdido  
abrió, señor, aquel pliego,  
y con tu mismo rigor  
y con sus propios estremos  
dió mil tientos a Flaminia,  
inútiles, pero recios;  
mandóme al fin que aprestase  
para matalla un veneno.

Yo, por escusar su muerte,  
saqué con mucho dinero

una bebida que deja  
muchas horas como muerto  
un hombre, sin pulso alguno  
y retirado el aliento,  
a fin de que si llegaba  
a dar remate a su intento,  
sacaría a tu Flaminia  
con vida del monumento,  
a parte donde estuviese  
hasta darte aviso dello.

DUQUE. ¡Estraña fidelidad!  
Mucho me obligaste, amigo.

OCTAV. Pues oye aún; que no te digo  
lo medio de su maldad.

Con este licor fingido  
se fué donde estaba aquella,  
que de Lucrecia famosa  
venció la fama en la prueba,  
y con miedos rigurosos  
y con afables promesas  
no pudo ablandar su pecho,  
bien que ablandara una peña;  
al fin, resuelta en morir,  
la quitó de su presencia,  
mientras que de tu venida  
trajo una posta la nueva;  
mostróse alegrar Torcato,  
mandóme que en una huerta  
les tuviese aparejada  
una muy cumplida cena;  
y estando allí, sin temor  
de su maldad y sus fuerzas,  
yo temo que por tu causa  
me hicieron beber por fuerza  
un veneno, que pensaba  
que era veneno de veras,  
y debió de ser el mío,  
y bebió dél la Duquesa,  
y lo aseguro sin duda,  
pues tú dijiste que es muerta.  
Debes a su voluntad  
los favores que le niegas,  
que, como testigo fiel,  
te aseguro que es a prueba.

DUQUE. Dame, Octavio, un tierno abra-  
que, pues no finges, querría [zo;

darle desta vida mía  
la mitad en cada brazo.

Sólo me queda un recelo,  
que te diré en el camino;  
pero vamos, que imagino  
que guarda con vida el cielo  
a mi Flaminia sin duda,  
pues dices que no está muerta.  
por un mal que se concierta  
y aprisa pide mi ayuda.

(Vase y sale el capitán ORFEO y JULIO,  
PAJE.)

CAPITÁN,

Así lo pienso hacer, amigo Julio.  
¿Es verdad lo que dicen de palacio?

PAJE.

Y ¿cómo si es verdad? Vive Flaminia,  
con grande admiración de los presntes.  
Había y responde cosas que enternecen  
los mármoles y bronces de palacio.

CAPITÁN,

Pues ¿cómo?

PAJE.

Desde que supo la venida,  
el enojo y sentencia de su esposo,  
ya vos podéis pensar cuáles extremos  
pasaran por la triste el verse viva,  
el desmayo, el placer de la llegada  
de su querido y enojado esposo,  
y luego por su ausencia la tristeza,  
y tras ella, el rigor de la sentencia;  
que se puede decir que nace y muere  
en un instante.

CAPITÁN,

¡Triste!, y más sabiendo  
que está sin culpa.

PAJE.

Así lo piensan todos;  
sólo Marcelo, el viejo alborotado, [que  
diciendo que, pues muerta quiso el Du-  
que pague su traición, que viva quiere  
que lo pague también; hecho un ayunque,  
ni lo mellan suspiros ni ternezas,

que son más fuertes golpes que de hie-  
y así, manda sacar por una parte [rro];  
a la Duquesa triste y a Torcato.

CAPITÁN,

¿Qué dicen de su muerte?

PAJE.

Mil ficciones  
dice el señor doctor potro o caballo,  
diciendo que él creyó que estaba viva,  
y otras tantas mentiras dice el vulgo.

(Vanse y sale el DUQUE con la DUQUESA  
[FLAMINIA] de la mano; OCTAVIO, GANI-  
MEDES, TIRSIA, CAPITÁN ORFEO, y todos  
los que pudieren.)

DUQUE. Quisiera, esposa querida,  
daros más de lo que os doy,  
pues más vuestro esclavo soy  
ahora que fuí en mi vida;  
yo os adoro, asegurado  
de cuanto pude temer,  
y vos me [h]abéis de querer  
por amante y por honrado.

Mil gracias demos al cielo,  
que por camino tan raro  
de vuestra vida fué amparo  
y alivio de mi recelo.

Y tú, fiel Octavio, puedes,  
con Tirsia y con Ganimedes,  
pretender el mayor puesto,  
por lo pasado y por esto,  
de mi gracia y mis mercedes.

FLAM. No puedo más que miraros,  
señor, para responderos;  
pues la que supo estimaros  
ha de llegar, de quereros,  
al extremo de adoraros.

La vida os pido, señor,  
de Lucrecia, que su amor  
la disculpa, como injusto.

DUQUE. Haced della a vuestro gusto.

FLAM. En mucho estimo el favor.

OCTAV. Yo no quiero otro interés  
por lo bien que habré servido,  
sino que, señor, me des  
a mi mandado y partido

las personas destos tres;  
destos y su capitán,  
que tan suspensos están.

DUQUE. Llevaldos enhorabuena.

GANIM. Esta, amigo, es mala estrena.

TIRSIA. Los duendes se os llevarán.

PAJE. ¡Ojalá que fueran duendes!

OCTAV. Después te diré, señor,  
lo que al presente no entiendes;  
que este Orfeo es un traidor,  
y es muy justo que lo enmiendes.

CAPIT. Yo pienso disculpa dar  
bastante para escusar  
los cargos que nos haréis.

DUQUE. Si es bastante, me hallaréis  
con gana de perdonar.

Vamos a la plaza agora,  
y en aquel mismo tablado  
donde estuviera, señora,  
tu cuerpo más infamado,

por la bondad que en ti mora  
quiero, a voz de pregonero,  
perdiendo esotro primero,  
por su gran traición, la vida,  
que de su fama perdida  
se rehaga por entero.

FLAM. ¿No es posible, ¡oh Valenti-  
que viva Torcato? [no!,

DUQUE. No.

FLAM. Vamos allá, que imagino,  
si puedo contigo yo,  
de alcanzallo en el camino.

DUQUE. No será el mundo bastante  
para que el falso arrogante  
gane tierra en mi memoria.  
Aquí se acaba la historia  
de *La Duquesa constante*.

(Entranse todos, y se da fin a la comedia.)

LAUS DEO.